CRÍTICA LIBERTARIA

Max Nettlau

LA RESPONSABILIDAD Y LA SOLIDARIDAD EN LA LUCHA OBRERA

SUS LÍMITES ACTUALES Y SU POSIBLE EXTENSIÓN

Las siguientes observaciones, basadas en un artículo que publiqué en el número de *Freedom* de noviembre de 1897, no deben interpretarse por el deseo de substituir la propaganda anarquista directa por un medio indirecto; de limitan a poner de relieve una cuestión general que, por lo que he podido saber y he oído decir, ha sido descuidada hasta ahora. Me refiero a la posibilidad de alguna nueva forma o combinación en la lucha obrera. Llamo la atención de la crítica de los anarquistas para que, aparte la posibilidad general, examinen si los medios sugeridos tienden o no hacia la libertad, y, por consiguiente, si merecen o no su apoyo.

Los progresos del movimiento obrero me parecen desesperadamente lentos sobre todo. Las ideas que nos parecen tan claras, tan evidentes y aceptables en sí mismas, encuentran a menudo un círculo tal de prejuicios y de ignorancia, que permite dudar si las grandes masas las aceptarán alguna vez seria y concienzudamente, a no ser que se produzcan cambios que la lección de las cosas en vasta escala nos aclare el camino. Hasta allí donde la misma lección de las cosas existe ya hasta cierto punto, cuando la solidaridad de los trabajadores queda demostrada, no por la propaganda de las ideas libertarias, sino por las ventajas materiales directas, por pequeñas que sean -como en el caso del tradeunionismo y de la cooperación-, el grueso de la masa propiamente hablando no llega a tener conciencia a pesar de un siglo de propaganda y agitación.

Que el pesimismo en nuestro modo de ver las cosas esté o no justificado, la utilidad de hallar, si es posible, medios nuevos que fortifiquen la situación del trabajador es incontestable, y algunos medios, permanentes o transitorios, han sido sugeridos y hasta se han intentado en estos últimos años: tales son la *huelga general*, la *huelga militar*, la *huelga internacional de los mineros*, la marcha de los obreros desocupados o en huelga hacia la capital (como en América y no hace mucho en Francia), etc., el *sabotaje* (el trabajo lento y defectuoso, el «go canny» preconizado en Francia), etc. Se han hecho también esfuerzos para utilizar las organizaciones obreras de producción o de consumo para ejercer una acción económica directa, por ejemplo, una combinación del tradeunionismo y de la cooperación, colonias corporativas, bolsas de trabajo (según la expresión americana relativa al cambio directo de los frutos del trabajo), etc. He aquí por qué me aventuro a sugerir otros medios de acción. La actitud de los anarquistas no puede ser diferente de la que han adoptado para con los medios que acabo de citar, es decir, ayudarles prácticamente cuando sea posible, pero sin apartarse de la propaganda de nuestra concepción social completa de hombres libres en una sociedad libre.

Lo que convendría, además de la propaganda intelectual directa de las ideas anarquistas y de la acción realmente revolucionaria que es independiente de toda discusión preliminar, es conducir a las grandes y crecientes masas del pueblo a que comprendan y abracen el principio de la *dignidad* y de la *libertad humanas* así como el de la *solidaridad* y tiendan y vivan según

[*] Traducción: J. Prat. Digitalización: KCL.

estos principios. Además, es necesario que la conexión inseparable que une estos dos principios esté reconocida, pues el primer principio superficialmente interpretado puede conducir a la acción personal del individuo para sí mismo, sin que se preocupe de si su mejora deja atrás la de sus compañeros, mientras que la solidaridad, no es más que la que vemos aplicar todos los días en torno nuestro y que nos hiere a cada momento -la solidaridad de la mayoría compacta con las peores fealdades del sistema actual: competencia, patriotismo, religión, partidos políticos, etc.- Una mayor y consciente combinación de los sentimientos y de liberad con los de solidaridad es muy necesaria y los que hayan progresado hasta este estado estarán más inclinados a aceptar nuestras ideas o serán más capaces de comprenderlas que ciertas capas de la población presente. Por esto no creo equivocarme fijando semejante criterio, piedra de toque de los medios de acción posibles; y los medios de acción que no se eleven hasta este nivel deben mejorarse.

Antes de entrar en materia, es necesario que dé a conocer mis opiniones sobre dos puntos relativamente a los cuales creo ser un hereje que se aparta de las creencias económicas corrientes y, en ciertos casos, de los argumentos en uso de la acción. Mis ulteriores conclusiones estarán basadas sobre estos dos puntos preliminares.

Uno de ellos se refiere a esto que se llama *el público*. Este factor, a mi modo de ver, no se toma lo suficiente en consideración en las luchas obreras. Los trabajadores de una industria están organizados y luchan tenazmente para mejorar su situación económica; los patronos hacen lo mismo y pueden verse obligados, por el poder de una fuerte unión de trabajadores, a hacer concesiones al trabajo. Pero los consumidores de productos de esta industria no están organizados y nada hacen para poner a salvo su interés y para la reducción de sus gastos a la tarifa más baja posible, lo cual da por natural resultado que los capitalistas buscan el modo de recuperar, y lo logran casi íntegramente, el precio de sus concesiones al trabajo sobre el público que compra. El trabajo, que yo sepa, no se toma interés alguno por esta última consecuencia de la lucha. Por eso los precios suben o la calidad de los productos va siendo más inferior y el público paga los gastos de las concesiones arrancadas por el trabajo al capital por ser el partido más débil.

Pero, ¿quién es el público? Todos, los consumidores, naturalmente. De momento podemos dividirlo en dos categorías; los que gozan de grandes ingresos y que las fluctuaciones de los precios no les afectan seriamente (y podemos ponerles fuera de la cuestión) y la masa inmensa cuyos ingresos son menores o pequeños y a quienes la menor alteración de los precios ocasiona un verdadero perjuicio, privaciones o ruin. Un considerable número de estos últimos puede soportar esta nueva carga, consecuencia del triunfo de la huelga de sus compañeros de trabajo, sea por su convencimiento anarquista o socialista, sea gracias al instintivo sentimiento de solidaridad y de amor hacia una causa que hace de ellos la base de nuestras esperanzas en un porvenir más amplío; pero creo que sería hacerme ilusiones si cerrara los ojos sobre el hecho de que la gran masa, no tocada por las ideas de progreso y por los nobles sentimientos (si los tuviera, ¿soportaría el sistema actual?), no siente crecer su simpatía por el trabajo organizado y permanece indiferente, cuando no hostil, como antes.

Me imagino, por ejemplo, que si durante una huelga de mineros, un trabajador, el marido, simpatiza con los huelguistas y ayuda pecuniariamente la huelga con algunos céntimos, la mujer, que tiene el doble problema de resolver con el mismo salario la compra del carbón encarecido y los demás artículos necesarios a la vida, se guardará muy bien de participar de las simpatías del marido y hará valer la cuestión doméstica neutralizando los sentimientos de éste.

Las huelgas de este género dejan las cosas en el mismo estando económico y moral de antes, aun cuando la huelga salga victoriosa, pues la carga de concesiones económicas la endosan los capitalistas al público comprador. La masa de los trabajadores sufre sus consecuencias tanto más, cuanto más grande sea su pobreza; y la elevación moral y el entusiasmo de los

huelguistas y de los que simpatizan con ellos están contrarrestadas por la depresión y la hostilidad mudas del resto de la masa que, en realidad, paga los platos rotos.

Por esto sería utilísimo encontrar el modo que *el público* (*la masa de los trabajadores*) *pueda interesarse de modo material y no únicamente sentimental del propio modo que se interesan los huelguistas*. Una vez interesados seriamente, su ayuda podría ser enorme, pues además de la ayuda y de las subscripciones, pueden manejar fácilmente el arma poderosísima del *boicotaje*.

He aquí el primero de mis dos puntos preliminares.

Mi segunda herejía concierne a *la responsabilidad de los trabajadores relacionada con el trabajo que efectúan*. Esta responsabilidad no ha sido aún reconocida. Es la costumbre de considerar honrado trabajador a un individuo que trabaja por un salario, *sin fijarse nunca en su clase de trabajo*. ¿Hay ocupación alguna que de modo efectivo se evite o se execre? Aparte el hecho descorazonador de las solicitudes para ocupar la vacante de verdugo, ¿no leemos todos los días que personas de todas las clases sociales solicitan un empleo en el cuerpo de policía o se ofrecen para criados y cocineros particulares? Los soldados que en nuestro país se alistan voluntariamente saben que su ocupación no consistirá en defender «su patria», que nadie ataca, sino en reprimir las rebeldías de los pobres compatriotas suyos mal armados y reprimirlas tan despiadadamente como sea posible para ahogarlas en sus comienzos. Así, pues, vemos como hay gentes que no se avergüenzan de ser verdugos, policías, corredores, recaudadores de impuestos, agentes de propiedad con sus *crowbarmen* en Irlanda, etc., la misma masa no se avergüenza de fraternizar con los soldados. La sedicente opinión pública, que tanta profesión hace de humanitarismo y civilización, parece, en nuestro ambiente, que desprecia a sus enemigos, y si se ocupa de ellos es para disculparlos, porque *no es culpa suya*.

Yo voy más lejos y digo: mientras esta escoria de la humanidad goza de alguna popularidad entre la mayoría del pueblo, *ejercen industrias y profesiones atroces* mayor número de individuos y nadie los vitupera. Me refiero a la gran masa de trabajadores manuales que producen *habitaciones de calidad inferior*, *vestidos de calidad inferior*, *alimentos de calidad inferior*, etc., que degradan la vida, embrutecen el espíritu y aniquilan el cuerpo de sus mismos compañeros de trabajo. ¿Quién ha construido los tugurios -y lo que es peor- quién los mantiene en un estado que permite su explotación continua con reparaciones simuladas? ¿Quién produce los vestidos que caen a jirones a los pocos días de usarse, los alimentos y las bebidas abominables que únicamente compran los pobres? ¿Quién es, en fin, el que los vende fraudulentamente al público después de haberles hecho sufrir mil manipulaciones químicas que acaban de deteriorarlos? Todo esto lo efectúan (aunque inspirado, sin duda, por los capitalistas) importantes ramas del trabajo respetadas y bien organizadas: la industria de la edificación, la industria textil y los empleados del comercio. Esto me indigna y subleva y sería inexcusable no ocuparse de ello.

En el fondo de todo esto se encuentra siempre la vieja y egoísta excusa: «Debo hacerlo, yo no puedo escoger el género del trabajo. Si no lo hago yo, lo hará otro. No hago ningún beneficio, preferiría hacer otra cosa verdaderamente útil. *Pero yo no soy responsable, la responsabilidad es del patrono que me ordena hacer lo que hago*».

Creo que mientras esta excusa, excusa de mercenario, fuego fatuo, *se admita y acepte generalmente*, las cosas continuarán como hasta hoy y el provenir de paz soñado no vendrá. De acuerdo los capitalistas con esta manera de ver, estarán siempre en disposición de pagar a una mitad de trabajadores para que tenga a la otra mitad. Continuarán, además, manteniendo a la mayor parte de los trabajadores en un estado de degradación física e intelectual, abatidos, carentes de energía, ignorando en su mayor parte los goces infinitos de la vida, gracias a su medio deprimente y a la insuficiencia de alimento que debilita sus cuerpos y sus cerebros. Y el trabajo manual, el trabajo práctico que engendra este estado de cosas es obra de los mismos

trabajadores que sufren sus consecuencias. El homicidio directo, el cometido por los soldados que fusilan a los huelguistas, y el asesinato indirecto hijo de la producción de estas horribles habitaciones, de los alimentos, etc., cometido por los trabajadores en sus propios compañeros, son dos acciones igualmente perjudiciales por sus consecuencias, acciones que hay que tener en cuenta antes de pensar en obtener alguna mejora.

A esto llamo yo la responsabilidad de los trabajadores para con su trabajo. Y voy más lejos diciendo que la carencia de este sentimiento de responsabilidad degrada a los mismos trabajadores tanto como a sus víctimas. Nadie negará que los policías son gente sumamente degradad y embrutecida por el ejercicio continuo de esta caza al hombre que constituye su profesión, verdadero asesinato en perspectiva. No titubeo en decir que pasa lo mismo a los trabajadores que ejercen oficios o industrias basadas en el fraude. Tomen, por ejemplo, al lampista que hace creer continuamente al cliente que repara las tuberías, o al empleado de la tienda que pasa el día contando a los clientes las excelencias de una mercancía averiada o falsificada que proporciona pingües ganancias al patrono. No creo que el carácter de esos hombres -por honrados que sean al principio- pueda mejorarse. Hay más probabilidades de que se vayan volviendo insensibles e indiferentes, que libres y entusiastas. Del mismo modo la multitud de los productores de mercancías inferiores o mediocres no pueden tomar un interés en su trabajo. Nadie puede vivir sin interesarse por su trabajo; sus facultades se atrofian, su inteligencia decrece y él mismo se vuelve incapaz para comprender las ideas de libertad y de rebeldía y mucho menos podría ponerlas en práctica. Comparen estos hombres con los que describe William Morris en su *The Revival of Handicraft* (Rehabilitación del oficio manual), *News from Nowhere* (Noticias de ninguna parte), etc., y comprenderán fácilmente lo que quiero decir.

Cada individuo está, pues, destinado a ser víctima de este estado de cosas, como los autores de actos antisociales no dejan de sufrir las consecuencias de ellos. Todos los trabajadores odian a los espías y a los delatores: la mayor parte detestan a los traidores (blacklegs), pero si este sentimiento no se hace extensivo a *todo aquel* que efectúa un trabajo antisocial, trabajo *perjudicial a sus semejantes*, no tengo ninguna confianza en el porvenir.

He aquí expuesto el segundo punto preliminar y heme aquí llegado al tema principal que trataré brevemente ahora que el fondo ha sido aclarado con estas observaciones.

Me faltaba hallar un medio de acción que conduzca la gran masa a la concepción y aceptación de una real y seria combinación de los inseparables sentimientos de dignidad, libertad y solidaridad humanas.

Creo que el medio podría dar resultado, *si los dos elementos de que acabo de hablar se utilizan y combinan convencionalmente*, es decir: *la necesidad de dar al público* (a la masa de trabajadores) *un interés económico en las huelgas, así como a los mismos huelguistas, y la necesidad para los trabajadores del sentimiento de su responsabilidad con relación a su trabajo*, para que ambas les inciten a poner un término a este principio que un trabajo antisocial ocasiona a sus semejantes.

Este medio daría una impulsión a los sentimientos del propio respeto y de solidaridad y conduciría, por consiguiente, a la gran masa obrera por el camino de la libertad, haciéndola accesible a una propaganda más avanzada, pues las enseñanzas de la propaganda no estarían ya en contradicción por su propia existencia y por la nuestra.

Las grandes líneas de este plan de acción estriban, según mi modo de ver, y por lo que concierne a los trabajadores, en que se nieguen a efectuar un trabajo perjudicial al público y robustezcan su posición haciendo comprender a dicho público el modo como se le engaña y roba; y por lo que concierne al público, sostener estos movimientos, estas huelgas basadas en estos motivos, con una simpatía activa y empleando el boicot. Estas huelgas pueden terminar

con la victoria de los huelguistas y del público, esta vez haciendo pagar realmente los platos rotos al capitalista, reduciéndole sus ganancias. No podrán estas huelgas destruir las raíces del sistema actual; ninguna huelga puede destruirlo, a no ser que las produzca una negativa determinada a trabajar por los demás, en cuyo caso sería la huelga general, la revolución social; pero pueden establecer un lazo más estrecho y más general entre las clases trabajadoras; las huelgas perderían su carácter individual y se convertirían en sucesos de *interés colectivo*, en lugar de estar, como hoy, engendradas por el sentimiento y la convicción personal de unos pocos y no estar basadas sobre un principio económico.

En la práctica estas tácticas pueden revestir múltiples formas. Deberían primordialmente obrar y dirigirse a la conciencia de los tradeunionistas y de los socialistas, y una vez encarriladas, no tardarían en producirse efectos prácticos.

Si, por ejemplo, las corporaciones organizadas del ramo de construcción de edificios acordaran que ningún miembro de la sociedad reparara los tugurios y edificios que se están cayendo de puro viejos o mal construidos, explicando al propio tiempo al público la imposibilidad de repararlos útilmente para sus moradores, la cuestión de la habitación tomaría a los ojos del público una importancia mayor de la que le darían los comités, los mítines y todas las propagandas de la prensa. Nada de extraño tiene que el pueblo haya permanecido indiferente a la agitación creada en Inglaterra en este asunto viendo que las cosas marchan como antes. Los que hoy ven con indiferencia a sus compañeros de trabajo, albañiles, ocupados en perpetuar la deficiencia y vejez de los tugurios por medio de reparaciones inútiles, en las tiendas acaso venden mercancías nocivas que envenenan la salud de los albañiles y demás trabajadores. Esto es el asesinato lento y recíproco de los trabajadores efectuado por los mismos trabajadores, mientras el capital maneja los múltiples hilos de la matanza general que le proporciona pingües ganancias. No son nunca los trabajadores los que *condenan* una casa a ser derribada *abandonándola voluntariamente, negándose a repararla*, sino la autoridad la que se encarga de ordenar el derribo obrando solidariamente con los ricos, para quienes sería un foco de infección el mantenimiento de ciertos tugurios. La iniciativa y el respeto para consigo mismo son poco conocidos entre las víctimas de este sistema. No hay que ahorrar esfuerzo alguno para despertar estos sentimientos, y el de la responsabilidad es uno de los medios que deben emplearse.

Si los trabajadores del ramo de construcción de Londres tomaran el acuerdo de no reparar ninguno de los edificios que ocupan la inmensa extensión del este y sur de esta ciudad, no tan sólo la cuestión de la habitación ocuparía el primer lugar, de golpe y porrazo, en la atención pública, sino que hasta la del *landlordismo* se colocaría en primera línea. El público respondería con un unánime ¡*fuera rentas*! y los empleados de los almacenes podrían ayudarle abandonando sus puestos, negándose a vender los alimentos abominables que hoy nos engullimos. Esto podría dar lugar a que algunos habitantes del East-End inspeccionaran las condiciones de las habitaciones del West-End o estudiaran cómo están las provisiones almacenadas en los docks. En muchos casos habría probabilidades de que pudiéramos desembarazarnos de estas suciedades que constituye el East-End, lo cual ya sería algo, y la gran cantidad de edificios nuevos que tendrían que construirse podría compensar a los trabajadores de los sacrificios que les habría impuesto semejante huelga.

Que los obreros de las industrias textiles hagan público cómo se confeccionan los vestidos defectuosos y se nieguen a fabricarlos; que las ramas menos numerosas y similares que dan a estas mercancías un aspecto brillante y de duración hagan lo propio ayudando a los primeros, y el público se irá acostumbrando a simpatizar con los huelguistas que le enseñan de qué modo escandaloso le roban.

Del mismo modo, referente a los *trabajos químicos*, que, como el infernal trabajo del blanco de cerusa o análogos, o el mismo modo de efectuar el trabajo que arruina la salud, ya que ninguna

conmiseración ni ninguna legislación es efectiva, convendría cubrir de vilipendio a los que permiten se les mate de este modo, colocándolos por debajo de los «blacklegs», como en realidad están, a ver si de este modo despertaban algún tanto.

¿No podrían los *empleados del comercio* hacer triunfar algunas de sus inmediatas reivindicaciones tomando la firme resolución del considerar como *deshonroso* mentir al público para realizar ventas considerables que producen únicamente ganancias a los dueños? El público se pondría de su parte boicoteando a los comerciantes testarudos que caerían justamente con sus mercancías desacreditadas. Es realmente difícil que el público en general tenga simpatía a estos trabajadores; podremos afligirnos ante su excesiva jornada de trabajo y soportar los inconvenientes que nos causa el tener las tiendas cerradas por la noche, pero toda nuestra simpatía no impedirá que nos vendan alimentos podridos si el comerciante se lo impone.

En resumen, como *consumidores*, no podemos sentir simpatía hacia los instrumentos del capitalismo, y como las grandes masas están formadas por *trabajadores*, tanto de una parte (consumidor) como de otra (productor), la división y la hostilidad persisten. Únicamente una acción práctica, la *solidaridad mutua*, puede vencer esta hostilidad; las convicciones y el sentimiento son buenos factores.

Estos ejemplos, bien o mal escogidos, creo que esclarecen hasta cierto punto mi pensamiento, que, por lo demás, no depende del valor de los ejemplos. Me doy exacta cuenta de la dificultad de dar un impulso en esta dirección y propongo que en primer lugar se discuta el tema de la Responsabilidad. Cuando en principio es comprendido y aceptado por un cierto número de individuos, otros se presentan sin llamamiento, sin preparación, dispuestos a *obrar conforme el principio*. Un movimiento puede tener su punto de partida en un pequeño taller cuyos operarios se nieguen a efectuar el trabajo mediocre y antisocial, o puede ser inaugurado por el voto de resoluciones de congresos, etc. Después de todo, la idea no es más que un pequeño eslabón que nos conduce al altruismo. Si un hombre que contribuye a hacer bajar los salarios es considerado como un falso compañero en virtud de su acto antisocial *en esta cuestión*, bien puede hacerse extensivo este desprecio a *todo trabajo antisocial*; si los trabajadores particulares no saben ver este principio, que lo vea por lo menos el público y obre en consecuencia.

Todo esto podrá acogerse con pena y frialdad, pero yo veo solamente dos alternativas. O ser puramente *sentimental*, cerrar los ojos a la razón y apiadarse de los individuos, disculpándolo todo, y llegaremos hasta llorar la suerte del soldado herido o del policía atropellado *en cumplimiento de su deber*; o ser *lógico*, y entonces no hallaremos excusa a todo esto, salvo la de no preparación del público sobre el particular, y nuestro primer acto consistirá en esforzarnos para despertar la opinión pública e ilustrarla sobre el caso. Ignorando o negando el principio de la responsabilidad se camina simplemente por la senda falaz o de la superficialidad y de la cobardía echando sobre hombros ajenos el peso de lo que nosotros mismos esquivamos hacer, o del puro sentimentalismo que no nos deja aceptar una verdad desagradable. Digo desagradable, porque aumenta el trabajo a efectuar antes de obtener un cambio real, pero si, como he dicho al principio, el pueblo permanece indiferente, no se producirá nunca cambio alguno.

De lo que precede resulta claramente que mi propósito es doble: despertar el sentimiento de la responsabilidad y utilizarlo para las huelgas, digamos colectivas, en interés del público. Si este segundo punto se juzga impracticable, el primero subsiste de todos modos y convendría hallar otro medio para crear y utilizar este importante sentimiento.

Siendo que es indigno de un hombre que haga a sus semejantes todo el daño que el capitalista le ordena hoy hacer, aun creyéndose disculpado con la excusa de *no soy más que un*

instrumento. Esta puede bastar a los que aceptan el presente sistema y están satisfechos de ser los instrumentos de los capitalistas y destructores de la libertad de sus semejantes. Pero los que ejecutan estos actos antisociales y rechazan el actual sistema capitalista son, inconscientemente, unos cobardes que no lograrán derribarlo nunca. *Quiero hombres que sepan primero emancipar sus cerebros, que se nieguen después a efectuar un trabajo que perpetúa la miseria y la esclavitud de sus semejantes, y de este modo vayan creando una amplía corriente de simpatía y de solidaridad, base propia de una acción más acentuada*.

Me parece que la acción económica estará más al alcance del individuo que se sienta libre y que halle la base de su libertad en la libertad y en el bienestar de los demás. Si negándose a trabajar para el capitalista no puede derrocar el sistema actual, por lo menos se esforzará en no trabajar en detrimento de sus semejantes, guiado por el respeto a sí mismo, sin inquietarse por saber si la solidaridad de éstos responderá o no en seguida a la suya. Es el método anarquista: hacer uno mismo lo que quisiera ver hacer a los demás.

El viejo método político y autoritario consiste en lavarse las manos proclamando que estas cosas son inevitables. Confiándolas a los demás, las perpetuamos. Lo que nosotros mismos *no queremos* o *no podamos* hacer, tampoco lo harán otros. Los que no aceptamos este principio fundamental de la política debemos rechazarlo también en lo social, acentuando la responsabilidad de cada uno en todo aquello que hace.

Discutiendo este tema. El término *moralidad* no ha de interpretárseme en el sentido que deje creer que exhorta a los trabajadores a ser más *morales*. No lo empleo en este sentido. Deseo, ante todo, que tengan el respeto a sí mismos, consciencia de su dignidad y de su libertad, y entonces su propia consciencia les *hará negarse a efectuar actos antisociales en el más amplio sentido de la palabra*, del mismo modo que ahora se niegan a ser delatores o «blacklegs». Es muy cómodo y fácil decir: derribemos primero el sistema capitalista y adquiriremos estas cualidades; ¿pero quien se encargará de derribarlo, pregunto, si el dogma de Marx, según el cual los capitalistas acabarán destruyéndose mutuamente hasta el último, ya no convence a nadie, ni siquiera a los mismos demócratas socialista?

Para concluir, repito que de ningún modo deseo amenguar la importancia de los métodos actuales de propaganda, pero me daría por muy satisfecho si viera discutir éste que presento, particularmente cuando los anarquistas se encuentren reunidos con los sindicalistas. Si se creara una extensión de la acción de las sociedades de oficio que tuviera por objeto ir de las cuestiones puramente corporativas a provocar un esfuerzo para emancipar al público, creo que nos haría salir del presente callejón sin salida y conquistaría las simpatías de todos los que se sienten libres y desean sinceramente emancipar a los demás.

Asimismo desearía ver iniciar corrientes previas en la misma dirección.

LA LUCHA CONTRA EL ESTADO

CAPÍTULO I

Con frecuencia me he preguntado por qué las ideas anarquistas, que nos parecen tan claras y que tanto satisfacen a los que las abrazamos, no son, sin embargo, aceptadas sino por pocas

personas aun allí donde una propaganda de largos años ha encontrado pocos obstáculos. Era tanta mi fe en la posibilidad, por así decir, mecánica de una propaganda ilimitada de ideas por los medios pedagógicos de educación y de agitación, que el éxito tan restringido me ha parecido enigmático y descorazonador. Reflexionando, he llegado a la siguiente explicación.

¿Cuál es, en efecto, la esencia del anarquismo? En todo organismo observamos tres tendencias: la de apropiarse y asimilarse todas las materias posibles circundantes más útiles para su bienestar material; la de extender su propia esfera de acción por medio de una expansión que venza cuanto le es posible todos los obstáculos, y la de diferenciarse, de crearse una individualidad en relación con la herencia, el medio, etc. En la humanidad están representadas por el bienestar material, el amor a la libertad y el desarrollo del individuo que se destaca poco a poco de la masa más homogénea, más gregaria, de los tiempos pasados. En fin de esta evolución es evidentemente un estado de cosas en el cual la mayor liberad y el mayor bienestar sean accesibles a cada individuo, en la forma que mejor corresponda a su individualidad y le permita acercarse a la mayor perfección posible, y esto es la ANARQUÍA.

La ANARQUÍA es, pues, el estado de mayor felicidad posible para cada individuo. Es evidente que esta verdadera ANARQUÍA no se establecerá sobre la base de un sistema económico y social único, sino que habrá tantas maneras de arreglarse como individuos. Es necesario aún tener en cuenta que durante el largo período de tiempo que exigirá la conversión a la ANARQUÍA de los más recalcitrantes, los primeros anarquistas no se detendrán, sino que continuarán adelante. No habrá, pues, en el provenir, un estado de desarrollo económico, moral, etc., igual para todos, dado que esta igualdad no existe tampoco actualmente y no ha existido jamás.

No puede existir por la simple razón de que los hombres son diferentes entre sí, y son, exceptuando aquellos que la cruel opresión del pasado y del presente aniquila casi enteramente su desarrollo, en camino de diferenciarse cada vez más. Todos desean el bienestar y la libertad, pero cada uno en grado diferente y en proporción también diferente. Si ciertas causas, como: la posición social común, la persuasión, la propaganda, la sugestión, y el entusiasmo de los grandes momentos disminuyen estas diferencias, otras como la herencia, el medio, la edad, y tantos accidentes de la vida diaria hacen un efecto contrario, y es una ilusión funesta la de creer que basta remover las masas, como hacen nuestros gobernantes, que si lo consiguen es debido aún a que hacen vibrar la cuerda de todos los prejuicios, de todas las maldades durante siglos. En nosotros mismos, a menudo, vibra un débil eco, a pesar de que no contamos más que con que lo que es noble y generoso.

Cada uno de nosotros contribuye en el éxito de nuestras ideas de un modo diferente, según la proporción del deseo de libertad y de bienestar material latente en cada uno. Hay quien está impulsado por su amor a la libertad, a los mayores sacrificios, y otros viven tranquilamente y no son capaces de ningún esfuerzo extraordinario sino en los momentos de entusiasmo general. La propaganda, la lucha contra la autoridad, requieren un temperamento combativo que no lo posee todo el mundo, y muchas personas, que no se hallan dispuestas a manifestarse sino por actos de menor brillo, nada hacen porque no se les presenta ocasión de hacer algo. Debería crearse un campo de acción para éstos.

Tocante a las masas obreras en general, piensan ante todo en mejorar su posición material y relegan la libertad a segundo plano. Esto es el efecto de la edad comercial y de la secular opresión estatista. Temo que el deseo de las masas obreras no es más, sobre todo, que un deseo de desquite contra la sociedad capitalista y que tal vez querrán ser los amos a su vez para perpetuar el dominio de una clase y la autoridad de un nuevo Estado obrero, de igual modo que los burgueses de la Revolución, cuando hubieron derrocado el feudalismo, no quisieron saber ya nada más de la libertad y no se preocuparon sino del dominio exclusivo de su clase. Estas tendencias tal vez prevalezcan sobre las de los viejos socialistas de buena fue

que todavía sobreviven. ¿Y qué podrán los anarquistas contra esta acción de las masas enormes que escapan al control de los que ni quieren dirigirlas ni dominarlas, sino ver cómo marchan por sí mismas por el camino de la libertad? Los anarquistas no podrán hacer más que continuar la obra de nuestros días, la de despertar las fuerzas latentes que tienden hacia la libertad, y luchar, entonces y siempre, contra la autoridad.

Estas verdaderas tendencias de las masas han atraído ya la descomposición del socialismo, que ha visto que es imposible agruparlas para otro fin que no sean las luchas electorales pacíficas o las organizaciones sindicales, que no hacen más que alejarse de todo socialismo real. Por otra parte, el Estado, por desacreditado que esté, tiende a conquistar nuevamente la confianza de las masas por medio de toda clase de leyes obreras, retiros para la vejez, protección contra los trabajadores extranjeros, etcétera. No olvido que se ha creado en diversos países un sindicalismo revolucionario, que de un momento a otro pueden estallar huelgas generales de oficio, de localidad, o hasta más extensas; pero aquí también sucede que el paso tan simple y lógico, el paso decisivo de la huelga general a la revolución, no se da; no se dio en Rusia en el mes de Octubre de 1905[1], acarreando todas aquellas derrotas y desastres del movimiento ruso que actualmente presenciamos. ¿Por qué las huelgas más entusiastas terminan siempre por la calma y el retorno al trabajo pacífico? Es porque las masas no quieren, en realidad, ir más lejos, y que las pocas personas que lo quisieran son impotentes.

La iniciativa de las minorías, la acción de los militares tienen sus límites. Una nueva idea, un nuevo experimento nace allí donde lo permiten ciertas circunstancias favorables; en este sentido, todo progreso se debe naturalmente a las minorías, y antes que a ellas a individuos aislados. Pero imponer esta nueva idea a la mayoría por medio de la fuerza es un acto de autoridad, idéntico a la opresión que ejerce la minoría sobre las minorías. He aquí un punto que ante todo interesa a los anarquistas; porque si una minoría tiránica tiene mil medios para imponer sus voluntades a una mayoría, nosotros, que queremos la libertad, ¿cómo vamos a darla a gentes que no se preocupan bastante de ella para tomársela? Vean la ciencia y la ignorancia: la ciencia no razona con la ignorancia; sigue su camino, enseña sus resultados y de este modo poco a poco los ignorantes la siguen. Vean asimismo el librepensamiento y las religiones: si unos cuantos se emancipan de los absurdos religiosos, masas enteras quedan aún atadas a ellos. En estos dos casos se ha dado al fin con un *modus vivendi*, con una especie de *mutua tolerancia*. Comparemos la infame brutalidad de la beatería ignorante de los siglos pasados, dirigida contra la ciencia y el librepensamiento, con el estado de *relativa* indiferencia de nuestros días. Sé muy bien que esto no es más que una paz armada y que la reacción acecha el momento propicio para reconquistar el terreno perdido, pero la situación es de todos modos infinitamente diferente de la de antes; la ciencia y el librepensamiento, que antes estaban fuera de la ley, tienen hoy una posición, pequeña aún, pero firme e inconquistable. Hagamos lo mismo con la ANARQUÍA.

¿Qué es lo que ha producido el cese *relativo* de estas persecuciones? La ignorancia y la beatería, que querían perpetuar su dominio, creyeron poder exterminar la ciencia y el librepensamiento a sangre y fuego: no lo han conseguido porque no se puede destruir una idea. Por su parte, la ciencia y el librepensamiento han visto igualmente que chocaban con los sólidos prejuicios de las grandes masas y han marchado adelante limitándose a aceptar con los brazos abiertos a los que se sentían más afines a ellos y a ellos iban. También el librepensamiento quisiera destruir todas las religiones; la ANARQUÍA también quisiera destruir toda autoridad, pero esto no es posible inmediatamente sino por la destrucción material del noventa y nueve por ciento de la humanidad, y aunque esto fuera posible, las persecuciones habrían, por esta obra de destrucción, cambiado en autoridades y serían infinitamente peores que sus víctimas. Así es que por ambos lados se ha visto la necesidad de hacer cesar una guerra de puro ataque,

[1] Y cuando se ha dado más tarde, ha sido para instaurar aquel autoritarismo de clase antes previsto y temido por el autor. (N. de los E.).

de atenuar las formas de la lucha, y los que verdaderamente quieren abandonar el campo de los prejuicios y de la ignorancia encuentran más fácil cada día el camino hacia la ciencia y el librepensamiento. Mañana encontrarán con igual facilidad el camino hacia la ANARQUÍA.

Creo que estamos poco habituados a la especie de razonamiento que precede. Habitualmente no encaramos más que el camino revolucionario. Supongamos, pues, destruido el actual régimen capitalista. En el momento de la acción las minorías enérgicas son de gran importancia; supongamos, pues, que nos anarquistas han contribuido cuanto han podido en esta victoria, que el prestigio de la ANARQUÍA ha crecido enormemente, que en muchas partes se han olvidado los viejos prejuicios y que principia a vivirse anárquicamente. Es evidente que para esto no habrá jefes ni reglamentos únicos; que se obrará muy diferentemente en diferentes sitios. Unos rechazarán toda organización, otros la aceptarán en grados diferentes. Habrá grupos y municipios que ensayarán practicar la libertad a su modo, de manera más o menos diferente. Todo esto es excelente y es precisamente lo que hace falta, porque únicamente la experiencia enseñará poco a poco lo que mejor conviene, y así se irá de lo imperfecto a lo más perfecto. Pero entre tanto, todos estos organismos existirán unos al lado de otros, en paz, y los intentos de imponer tal o cual cosa que no sea por el ejemplo provocarán el desprecio general y despertarán el triste recuerdo de las persecuciones de antaño. Si, por consiguiente, en una sociedad nueva, todos quisieran practicar la ANARQUÍA, veríamos mil matices, desde el anarquismo más moderado hasta el más avanzado, sin que nadie tuviera nada que replicar.

Se me concederá que esto es suponer la eventualidad más favorable. Puede suceder muy bien que el capitalismo se venza en condiciones tales, que los obreros organizados, es decir, sus jefes, lleguen al poder; esto será, tal vez, la abolición del salariado, pero de ningún modo la libertad ni el socialismo; se formará una nueva burocracia que de administrativa pasará a ser directora y gobernante. Los anarquistas se verán, pues, tan mal vistos por este lado como lo son los políticos actuales de toda clase. Tendremos que luchar nuevamente contra esta sociedad sin explotación aparente, pero también sin libertad, y nadie puede decir si esta lucha será más fácil (todo el mundo, desembarazado de las preocupaciones económicas, encaminándose hacia la libertad) o más difícil (la indiferencia de los que se hayan hartado) que las luchas actuales. Es probable que ciertas localidades estarán más avanzadas que otras y que la ANARQUÍA se realizará en algunos sitios más fácilmente, porque la tierra y los instrumentos del trabajo serán más accesibles, sin que por esto dejen de surgir dificultades originadas por la existencia de una organización autoritaria que tendrá el deseo de acapararlo todo y negar el derecho de secesión.

Las condiciones en que se realice algún día, tal vez, la ANARQUÍA, serán, pues, en muchos sitios, más o menos diferentes, y es posible que se tenga que vivir entonces al lado de personas que no comprenderán nuestras ideas o que las interpretarán de modo muy incompleto. Me pregunto, por tanto, si no será conveniente tener en cuenta este futuro desde luego y obrar de modo que demos a la ANARQUÍA las mayores posibilidades posibles de ser practicada, experimentada y respetada en aquella sociedad futura.

Lo que hay que hacer, me parece, es habituarse a la idea de una *coexistencia* futura temporal, cada día menos sensible, pero de todos modos *coexistencia* de instituciones anarquistas y no anarquistas; en otros términos, a la idea de una *mutua tolerancia*. Así sucede para todo el mundo en nuestros días, exceptuados los que se sienten impulsados hacia la rebelión directa. De ningún modo pretendo aconsejar con lo dicho la sumisión al orden actual, tanto político como social. Al contrario, pienso que los anarquistas deben hacer constantemente caso omiso de las leyes que lesionan su libertad personal y procurar obtener el reconocimiento del derecho a obrar de este modo por parte de quienes, por motivos y razones particulares suyas del momento, creen o fingen creer en la necesidad de estas leyes para ellos mismos y los que les sigan.

Sé que estas palabras requieren algunas explicaciones, que serán motivo del artículo siguiente.

CAPÍTULO II

La idea, expresada en el anterior artículo, de que los anarquistas, reconociendo la necesidad de una *coexistencia* temporal con personas menos avanzadas y sus instituciones, y que, por consiguiente, pueden poner en práctica la *mutua tolerancia*, con todo esto y negarse a someter a las leyes por otros dictadas, aun dejando a estos otros la plena libertad de prosternarse ante ellas, esta idea parecerá al principio utópica e irrealizable, pero más pronto o más tarde, desde hoy o en un régimen obrero sin capitalismo, tendremos que aceptarla si se quiere realizar la ANARQUÍA de la única manera posible, es decir, comenzando por el principio. La independencia económica tan deseable para esta lucha puede adquirirse ora por la cooperación, ora por la caída del capitalismo, tomando posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo actuales. Pero la tolerancia, que, no obstante, es la más simple de todas las cosas, tendremos que saberla conquistar. Hay luchas que conducen a un aumento de odio mortal, a una intolerancia absoluta, y hay otras que, si no consiguen del todo el *mutuo respeto*, que es grado superior, acaban, por menos, en tolerantita mutua. Es necesario, pues, luchar de un modo *tal*, que sea la tolerancia y no la intolerancia lo que se encuentre en sus orígenes. Para mí esto *es* el fondo de la cuestión.

Lo que yo pondría sobre el terreno antiestatista, los anarquistas lo practican ya sobre el terreno económico. Y esto, no ya desde que existe el sindicalismo, sino desde tiempo inmemorial. En todos tiempos han sido y son solidarios todos los obreros que se sienten explotados, aunque no tengan el deseo consciente de un completo cambio económico. Hay que establecer una solidaridad análoga entre todos los que con título diverso son adversarios del Estado sin que hayan deseado netamente el advenimiento del régimen anárquico, ni tengan las mismas concepciones económicas que nosotros, del propio modo que a los obreros sindicados contra el capital no se les pide que tengan unas mismas concepciones políticas. Hay aquí un verdadero campo de trabajo casi inexplorado y que está por roturar. El odio al Estado, el desprecio de las leyes y del personal que de ellas vive, la ardiente sed de libertad, esta inmensa indignación que se acumula en casi todos los hombres a cada paso cuando vemos que, a pesar de todas las instituciones sedicentes avanzados no disfrutamos ni de la menor libertad real, que a cada momento chocamos con las mil y mil triquiñuelas del Estatismo, de todo esto habría que crearse -y los sindicatos podrían hacerlo-, pero sobre bases más libres y más amplias, agrupaciones que reunieran a todos los que, sin ser anarquistas, comienzan a aproximarse a nosotros con su oposición a tal o cual forma particularmente odiosa de la influencia del Estado. Todos los métodos de la lucha sindicalista actual, y otros que aún pueden hallarse, se dedicarían a esta lucha contra el Estado, las leyes y la autoridad. De este modo resultará una corriente *antiestatista* que en el día de la victoria económica impedirá recaer en los errores de la autoridad y permitirá a la ANARQUÍA, si no una realización entera o parcial que tal vez sea aún imposible, por lo menos una experimentación más libre.

Si esto fuera un método completamente nuevo, no hablaría de él, puesto que es imposible crear algo que no esté ya en germen. Pero a cada instante vemos en la vida real que la mayor parte de las leyes quedan ignoradas. Por lo demás, si no lo fueran, la vida sería imposible. Las leyes más feroces son a veces pisoteadas, imposibilitadas por todo un pueblo; díganlo, si no, la historia de Irlanda, la de los abolicionistas enemigos de la esclavitud en América, la historia, en suma, de todos los movimientos políticos. Si se pudiera formar una estadística de las leyes obedecidas y de las desobedecidas, el absurdo de la legislación saltaría a la vista, puesto que la sociedad no puede desarrollarse sino pisoteando, barriendo a casa paso los obstáculos que tienen por nombre leyes y reglamentos.

Hasta existen ciertas débiles señales de que va a reconocerse este estado de cosas y obrar de conformidad. En Inglaterra hace unos cuantos años basta declarar que se tiene una «razón de conciencia» (*consciencious objetion*) contra la vacuna, por ejemplo, para eximirse de obedecer a la ley que la hace obligatoria, y recientemente se han reducido las formalidades que existían sobre el particular a una simple declaración. Es el resultado de las largas luchas contra esta ley especial; los adversarios de esta ley no han convencido a sus defensores hasta el punto de hacerla abolir para todos, pero han obtenido que se les deje tranquilos y que se dé a todo el mundo la posibilidad de imitarles con una simple declaración. Esto parecerá sin importancia, pero si sobre otros puntos se hubieran hecho esfuerzos semejantes se habría ya conquistado la abrogación de otras leyes, o por lo menos se estaría en camino de abolirlas. Dejemos a un lado los partidarios del todo o nada, y digamos que hasta el presente nadie ha querido tratar a fondo el principio de exención, basado sobre el derecho natural de secesión, de que cada uno obre según su modo de ver. El inglés Auberon Herbert preconizó el *voluntarismo* relativo a los impuestos, el impuesto pagado por los que se interesan en el objeto para el cual se paga el dinero, y que no se exigiera a los demás. Esto tiene aspecto de utopía, pero la huelga de los impuestos es una cosa bastante grave y que sería más popular que el hecho de correr tras quien inventa un nuevo impuesto, como hacen todos los estadistas, socialistas inclusive. Los diversos proyectos de *representación proporcional* demuestran que los anarquistas no están solos cuando se trata de sacudir la indiferencia ante el aplastamiento de las minorías por la democracia tradicional. Asimismo vemos las pequeñas nacionalidades que se levantan contra los grandes Estados, los cuales tienen que renunciar para siempre a la esperanza de nivelarlas y hacerlas desaparecer en la vasta masa del ganado para contribuciones y de la carne de cañón. No quiero hablar de las personas cuyo fanatismo religioso les ha permitido conquistas una situación fuera de las leyes, ni de los soldados que se niegan a tocar un fusil por convicción religiosa, etc., pero de todo esto me parece que resulta que ciertos verdaderos esfuerzos determinados siempre consiguen una solución, tal vez insuficiente, pero que de todos modos abre brecha en el principio del aplastamiento igual de todos mediante la ley. Reconozco que todo esto no pasa de débiles comienzos y que hay, en efecto, muchos otros movimientos que tienden a reforzar el estatismo, esta tendencia que es tan cómoda para los indolentes e indiferentes que se preocupan poco de su libertad. Otra prueba viviente la teneos en estos millares de electores socialistas de todos los países, y nos engañaríamos mucho si creyéramos que el sindicalismo puede hacer algún día esta obra antiestatista que reclamamos, aunque se llame antipolítico y antiparlamentario.

Porque, en fin, cesemos de dejarnos hipnotizar por el sindicalismo. La resistencia colectiva de los obreros contra el capital es una necesidad absoluta para ellos; esta lucha exige que sea hecha según las necesidades de la hora presente y nada tiene que ver con la lucha contra la sociedad actual entera que libra el socialismo anarquista. Con la desaparición del capitalismo, desaparecerá también necesariamente el sindicalismo, y surgen teorías sindicalistas según las cuales las primeras materias y los instrumentos del trabajo han de ser posesión de las corporaciones de oficios, esto sería un nuevo monopolio que estaría en contradicción con el socialismo más elemental, que enseña y dice que todo ha de ser de todos. El sindicalismo, excelente de momento, no tiene, pues, ningún provenir; es una dictadura militar que la guerra contra un enemigo igualmente concentrado puede de momento justificar desde el punto de vista estrictamente técnico, pero que nadie querrá su condición después de la batalla. Sabido es que está en la naturaleza de toda autoridad querer perpetuarse; un régimen sindicalista autoritario es, pues, tan posible como lo fue la dictadura de los dos Napoleones. Plebiscito, gobierno directo del pueblo por el pueblo (la quimera de 1851 de los Considerant, Ledru-Rollin y Rittinghausen) y acción directa (no el ideal, sino la realidad) son desplazamientos de la autoridad, que, del parlamento pasa a las manos de una masa mayor, de estas sedicentes mejoras de una cosa tan incorregible como es la democracia. Siento mejor que poder expresarlo que entre todo esto y nuestro querido «haz lo que quieras» media un abismo. El sindicalismo, por lo demás, es bastante poderoso y anda su camino, y no desea más sino que le dejen tranquilo los anarquistas y los socialistas, que no le interesan; dice que se basta a sí

mismo. Es joven aún en Francia y no se ha tragado y asimilado los libertarios, que tan útiles le fueron cuando era débil. Hay que verlo en Inglaterra y en América, donde cuenta ya más de un siglo de edad, carente de todo aquel idealismo que al principio le prestaron los socialistas: es el egoísmo colectivo, sucesor del egoísmo individual, es el «trust del trabajo», como suele llamársele en América. Lo joven se hace viejo y lo viejo no se rejuvenece, y, mientras no se me desmienta este hecho natural, nadie me hará creer que las tradeunions se volverán sindicalistas revolucionarias y que el sindicalismo revolucionario francés continuará siendo siempre joven.

Me parece que de todo movimiento colectivo sale siempre un hábito de autoridad, y hoy más que nunca veo la necesidad de una amplia propaganda antiestatista, al propio tiempo que de una propaganda más profunda de las ideas completas de la ANARQUÍA. Aquí es muy de lamentar que la idea anarquista se haya desde el principio acoplado a *hipótesis* económicas que insensiblemente pasan al estado de doctrinas y teorías. Para probar la posibilidad práctica de la ANARQUÍA se armaron utopías económicas y la ANARQUÍA se dividió en escuelas comunista, colectivista, individualista, etc. Es muy triste, porque con una mano se corre el velo del porvenir haciéndonos ver la felicidad del disfrute de la mayor libertad y con otra mano se nos encadena a una doctrina económica cuyo mérito no discuto pero que no pasa de hipótesis comprobable. Nos falta la experiencia y es por lo demás absurdo creer que se pueda adivinar lo que convendrá a una sociedad desconocida aún, así como que pueda haber una sola doctrina en lugar de la experimentación en grande escala de todas las posibilidades económicas conformes a las necesidades de la libertad. Cuando un novato quiere adentrarse en la ANARQUÍA no encuentra, en verdad, grupo, libro o periódico que no esté afiliado a una u otra de las escuelas económicas, y entonces sus dudas hallan pocas simpatías entre los creyentes de los sistemas y de las soluciones de antemano formuladas. Déjese, pues, todo esto a un lado; la obra de acción y de propaganda antiestatista y anarquista es tan inmensa, que es preciso juntar a todos los que aman la libertad sin querer de antemano adoctrinarles y unificarles sobre el terreno económico. Cada uno se formará su propia utopía y se agrupará, si le place, con los más afines.

Sé muy bien que el sentimiento altruista está tan desarrollado en la mayor parte de los anarquistas, que durante mucho tiempo continuarán prestando todo su apoyo al sindicalismo; otros obrarán rebeldemente propagando ideas en su conjunto. Pero los que no encuentran en todo esto una satisfacción completa, que quieren huir del aislamiento relativo de la propaganda pura y al mismo tiempo no quieren dejarse engullir por el sindicalismo, estos encontrarán acaso un nuevo terreno de acción en la agitación antiestatista, que les pondrá en contacto con tantas personas como pudiera el sindicalismo y les permitirá hacer una obra libertaria más acentuada que la de éste. El antimilitarismo es un excelente precedente; falta aportar sentimientos semejantes a ambientes más amplios y, al atacar el Estado, las leyes y la autoridad bajo todas sus formas, ir creando esta corriente de opinión antiestatista y de simpatía anarquista que un día facilitará la creación de un verdadero ambiente anarquista. Por lo demás, en todas partes, sobre el terreno de la lucha contra los prejuicios de la vieja moral, por la libertad del pensamiento y del arte, existen vagas aspiraciones que, por la propaganda y la acción de los libertarios, pueden volverse más conscientes, dirigirse contra la fuente de todo mal, la autoridad.

Creo que se comprenderá más fácilmente mi punto de vista si se piensa en lo que he dicho sobre la inevitabilidad de la coexistencia de instituciones de carácter diverso. En los tiempos pasados parecía imposible que pudiera haber dos religiones en un mismo Estado y de ahí los siglos de guerras religiosas; hoy el librepensamiento y todas las religiones viven al lado unos de otros. Lo mismo sucederá con los sistemas sociales. Lo nuevo y lo viejo viven siempre codeándose. Lo viejo quiere acogotar lo nuevo en fuerza de persecuciones, y lo nuevo quiere aplastar lo viejo con rudos ataques. Se reparten los porrazos, pero ningún partido triunfa, porque siempre quedan hombres atados por fas o por nefas a lo viejo y a lo nuevo, sin ver que entre ambos campos hay una infinidad de matices intermedios que no dejan que se desliguen los extremos. Algún día, pues, se dejará que los anarquistas marchen por su lado

desinteresándose del Estado y éste se desinteresará de ellos, de igual modo que hoy están netamente separados el librepensamiento y las Iglesias. Las bases económicas de esta independencia tal vez sean la cooperación o una parte de capital expropiado. Sea como sea, la ANARQUÍA, no será un hecho al principio sino para *los anarquistas*, y los demás se les irán juntando tan aprisa y tan numerosos -¿no hay cada día menos obstáculos serios para los que aceptan el librepensamiento y la unión libre?- hasta que les permita abandonar el Estado como se abandona hoy a la Iglesia o la moral de nuestros abuelos. Esta evolución, a mi modo de ver deseable, será secundada y se acelerará y tal vez sólo sea posible por la existencia de amplias simpatías antiestatistas que serán igualmente indispensables para impedir todo nuevo régimen socialista o sindicalista autoritario. Se trata, pues, de crear estas simpatías y he procurado demostrar cómo: apoyando con todas nuestras fuerzas, con una tolerancia y una paciencia extremas, todas las tendencias antiestatistas y antiautoritarias que se manifiestan y que son más numerosas de lo que se cree. Así daríamos bases serias a una verdadera liberación política y se crearía el verdadero apoyo necesario para una emancipación económica definitiva.

SOBRE LA CENTRALIZACIÓN

Me alegro de que alguien haya al fin pensado en la *proporción*, que, según mi modo de ver, encierra la verdadera solución práctica (automática, mejor dicho) de las diferencias entre centralización y descentralización.

No por esto el problema deja de ser menos complicado, dado que la proporción no es un término único invariable. Quiero decir que para todo organismo se necesita un cierto *minimum* de proporción para que sea *viable*, y después, a ser posible, un mayor grado de proporción para que este organismo sea duradero, progresivo, etc., en igual o mayor grado que los demás.

Piénsese, si no, en las monstruosidades que no son viables, en los seres humanos, algunos de ellos tan deformes, que se extraña uno de verles vivir y vegetar a pesar de todo, aunque esto no sea la verdadera vida.

Igualmente vemos en la Sociedad tantas instituciones defectuosas que arrastran su vida de modo análogo. Pero al pensar en la Sociedad futura dejamos a un lado estas deformidades que gracias a ajenos esfuerzos arrastran una vida artificial, para no pensar más que en organismos vivientes y efectivos, y por esto creemos que la *proporción* deberá ser la condición esencial de estos nuevos organismos.

Creo -sin haberlo leído en detalle- que Fourier se preocupó mucho de buscar la proporción para un organismo productor y consumidor y que llegó a las falanges de 1.000 a 1.200 individuos para que pudieran cómodamente bastarse unas a otras.

No es más que una hipótesis. Tenemos, después, los ensayos de colonias comunistas y otros ejemplos que han demostrado que un número de personas mucho más restringido y demasiado pequeño no es efectivo ni siquiera viable. Por otro lado, las asociaciones de cooperación demasiado grande se nos presentan como organismos sin vida real, estériles y sin interés. Aquí, el conjunto escapa por completo al individuo, mientras que en el grupo pequeño el conjunto está demasiado cerca de él, ve demasiado la trastienda y los bastidores.

Tomemos el ejemplo de la producción actual desde el punto de vista del que mayor interés tiene en esta producción: el capitalista (mañana será el público). Si su establecimiento es demasiado pequeño, queda absorbido por su industria, no conoce otra cosa, resulta un ser mal proporcionado, atado a su tenducho. Si la empresa es de proporción conveniente, que sin permitirle vivir sin hacer nada no le absorbe por completo, la cosa marchará mejor para él. Si la empresa es demasiado grande, o bien se consagrará a su funcionamiento con todas sus fuerzas y se convertirá en esclavo suyo, o la empresa le escapará y se verá conducido por directores asalariados más o menos indiferentes, como ocurre con todas sociedades por acciones, en que el accionista, haga lo que quiera, es impotente ante una administración que ante todo y por encima de todo piensa en sí misma.

Tocante al obrero, un trabajo que pueda seguirlo de cerca, como el de antaño, podía y debía interesarle; pero el trabajo de la grande industria actual, en la que a menudo no ejecuta más que una labor parcial y repetida, no puede interesarle. Únicamente cuando tiene el conjunto y el objetivo ante sí reaparece el interés.

Del mismo sistema actual resulta que el interés personal en la producción desaparece, y esto es un mal porque implica el envilecimiento del trabajo. Nosotros queremos una sociedad en que el trabajo no se deje sentir como una triste y dura necesidad, sino que sea la satisfacción de la necesidad natural de actividad que tiene el hombre sano. Para esto será necesario que de nuevo cada individuo viva su trabajo y se interese por él. Las proporciones, las dimensiones, entrarán por mucho en esta rehabilitación del trabajo.

Conservar las grandes industrias, aun con el pretexto de economizar trabajo, separaría nuevamente el obrero del trabajo; la indiferencia persistiría, y entonces en la administración de cada industria habría falta de cuidados, despilfarros, etc.

Si, pues, los Sindicatos tomaran posesión de las fábricas, de los instrumentos y materiales de sus oficios actuales, sería desastroso: se *continuaría* simplemente un sistema que queremos destruir; no sería más que un cambio de propietarios. En América, por lo que se refiere a las diversas ramas de la producción, todo pasa entre las manos de los *trusts* capitalistas, y en la Francia revolucionaria sería el *trusts* de los obreros; en ambos casos un grupo de intereses colocado frente a todo el mundo.

Es lo mismo que hacen los campesinos hace ya tiempo con gran éxito en diversos países: inteligenciación de campesinos y de grandes propietarios; los partidos agrarios son, en realidad, partidos de intereses que no hacen otra cosa diferente de la que hacen todos los Sindicatos: vender sus productos lo más caro posible sin tener lo más mínimo en cuenta los intereses generales.

Siempre se ha tenido por característico y defecto esencial del actual sistema social el que el interés personal (de personas o de grupos, es lo mismo) pisotea el interés general (colectivo), y la protección del interés general (colectivo) es la primera palabra de todo socialismo. De todo esto me parece que resulta que el proyecto de una apropiación de todo por parte de los Sindicalistas respectivos no se sale del marco de la Sociedad actual y se aleja, en cambio, del socialismo, pues esto no sería otra cosa que un nuevo reparto de las riquezas sociales entre diversas agrupaciones: de los *trusts* capitalistas pasaríamos a los *trusts* obreros.

Se me dirá que de ahí pasaremos más aprisa a lo que verdaderamente deseamos. Esto está por demostrar y discutir, pues lo mismo se puede opinar que este sindicalismo acaparador y monopolizador asquearía de tal modo a todo el mundo y sentiría tanto horror a los esfuerzos colectivos, que caeríamos en un egoísmo feroz que nos conduciría a una nueva servidumbre de los débiles.

Respeto a la *proporción* en la producción, me parece que este sistema sindical se aleja cada vez más de ella. Si el sindicalismo llegara a esta apropiación (lo que no creo posible), el sentimiento sindical estaría tan desarrollado (por la lucha) en sus miembros, que me es difícil ver con quien podría tratar de igual a igual. Se crearía un «patriotismo» de grupo tal, que el sentimiento de los intereses generales quedaría muy debilitado.

Supongamos entonces que para el cambio de productos un oficio trata con otro; habría uno más fuerte y otro más débil. ¿Quién cede? O bien cada oficio deberá tratar con una colectividad. ¿Cuál? El municipio; pero ésta es una colectividad local muy débil frente al oficio. ¿Qué podrá, por ejemplo, un municipio cualquiera contra el grupo inmensa que representarían los mineros? He aquí, pues, que los municipios tendrían que federarse y tratar colectivamente con las grandes agrupaciones de productores, lo cual nos llevaría a lo que ya tenemos hoy: el Estado (llámenlo como quieran), la colectividad frente a los sindicatos, es decir, nuevamente la lucha.

De igual modo, un sistema así haría difícil una producción más *económica*, que ahorrara esfuerzos inútiles. Hay muchos oficios inútiles o poco útiles en los cuales nadie pensaría, y si se tratara de reorganizar la producción sobre una base razonable y proporcionada, nos encontraríamos estos oficios fortificados por sindicatos que querrían continuar existiendo y sobreviviendo.

No es de suponer que un sindicato (nuevo pequeño Estado con todas las particularidades del Estado) se redujera voluntariamente, porque entonces perdería influencia; al contrario, tendría entonces el mismo interés que tienen hoy los capitalistas que quieren vender: consideraría que sus productos son indispensables. Por regla general un organismo así no desaparece voluntariamente: es, queda, tiende a extenderse. El Estado ha obrado así, el Sindicato hará lo mismo.

Y, no obstante, el Sindicato no es, en realidad, más que la agrupación inevitable para la lucha colectiva contra la fuerza igualmente coaligada de los patronos. Pero después de la victoria, cesa su razón de ser, como la de un ejército después de una guerra. Ahora bien, vemos actualmente que los ejércitos no desaparecen después de la guerra, que siempre hay el pretexto para una guerra futura. Y los sindicatos tampoco querrán desaparecer para ceder el lugar a las libres agrupaciones que, por medio de ensayos y experiencias, procurarán encontrar las verdaderas proporciones esenciales a todo organismo.

Recientemente se ha hecho referencia a esta similitud con el ejército. A menudo pienso en este hecho: al lado de la Revolución francesa, que anhelaba la felicidad común para todos (como hoy se sueña con el socialismo y la ANARQUÍA), crecían los ejércitos de la Revolución que, ciertamente, salvaron a ésta de la invasión y del aplastamiento, y en esto le fueron infinitamente útiles (como el sindicalismo lo es para la defensa de los obreros contra la burguesía). Pero poco a poco los ejércitos obraron para sí mismos; hicieron la guerra de las ricas conquistas y en Francia se les dejó que hicieran. Y llegó inevitablemente el momento en que el ejército, en la persona de uno de sus jefes (si no hubiera sido Bonaparte habría sido Pichegru, Moreau u otro), puso mano sobre el país y estableció su dictadura ahogando la Revolución.

La apropiación de las riquezas *sociales* por los Sindicatos *individuales* sería un golpe de Estado parecido, un ahogamiento de todo el socialismo. Y parece como si marcháramos alegremente hacia este desastre, de igual modo que durante la Revolución todo el mundo en Francia se alegraba de ver la fuerza creciente de los ejércitos… hasta el momento en que se dejó sentir su zarpazo.

Y es ridículo y triste contemplar cómo los adversarios encarnizados del militarismo galoneado se alistan a fondo en este nuevo militarismo.

Quería, en suma, decir dos cosas: que la apropiación por los Sindicatos es la negación del socialismo, y que para reorganizar la producción y el consumo es necesario, ante todo, tener en cuenta las *proporciones*.

Esta organización exige la plena libertad, la libertad de ensayo y de experiencia, tal como existe en la ciencia; lo que quiere decir que esto no es posible sino con la *ANARQUÍA*, y que se trata, por lo tanto, de *generalizar* esta libertad que la ciencia, el arte y el pensamiento han conquistado ya, y actuar según su dictado en el campo político y social.

Los Sindicatos tienen su importancia para eliminar los patronos, etc., con los arietazos que descargarán. Pero después de la lucha deberán disolverse y agregarse a los organismos libres (cooperativas de producción, etc.), ya creados o en camino de crearse. Dejarse absorber por los Sindicatos sería un verdadero desastre. Por consiguiente, ahora más que nunca, tenemos que trabajar por la verdadera ANARQUÍA.

ALGUNAS IDEAS FALSAS SOBRE EL ANARQUISMO

Hay, hablando brevemente, tres clases de anarquismo: la escuela *revolucionaria* de Bakunin y Kropotkin, conocida bajo la denominación de *anarquismo comunista*; el anarquismo *ético* o *filosófico* de Godwin, Proudhon y Tucker; y, el anarquismo religioso de Tolstoy.

Así, al hablar de las falsas ideas que corren sobre el anarquismo, es necesario no olvidar que no sólo cada escuela o rama es mal interpretada, sino que también la confusión se deriva asimismo del propio hecho de existir diferentes tendencias, antagónicas necesariamente en algunos extremos.

Del mismo modo, los que tienen o se forman ideas falsas del anarquismo constituyen distintas categorías. Para mayor sencillez las dividiremos en tres tipos diferentes: los *conservadores*, que detestan y temen cualquier proposición radical sobre cambios sociales; los *socialistas* y otros reformistas, que no pueden ver, porque no lo necesitan, el objetivo de otros compañeros; y los anarquistas mismos que creen tener el monopolio de verdad.

Es, pues, incuestionable que tales falsas ideas son en gran número y muy variadas, por lo que sería abusar de su paciencia hablar de todas ellas. Limitaré, por tanto, mis observaciones solamente a unas cuantas y, en particular, a la escuela revolucionaria, que es la que mete más ruido, la más aborrecida y la que peor se comprende.

La primera y más importante falsa concepción del anarquismo, sostenido inocente y maliciosamente por amigos y adversarios, es la de que Anarquismo, Comunismo y Revolución, son una trinidad indisoluble, de tal modo, que muchos se imaginan al primero con la revolución sangrienta en una mano y el comunismo angélico en la otra. Así, pues, presupone aquél la revolución e implica el comunismo como una económica necesidad social.

Que hay fundamento para la formación de estos errores en las mismas enseñanzas de algunos propagandistas de la ANARQUÍA, no puede negarse en redondo. Como toda generalización no derivada de inducciones, la concepción del anarquismo fue atrevida, pero vaga. Y también, como otras muchas ideas, no pudo escapar, en sus comienzos, a la influencia de las ideas vecinas.

El nacimiento del anarquismo coincide con el período revolucionario de 1848-71. Las tradiciones de la gran revolución francesa estaban entonces todavía frescas en el espíritu popular; el ambiente impregnado de la idea de cambios político-sociales y las aspiraciones de los hombres adquirieron grandes vuelos. La construcción de barricadas era entonces una industria floreciente. Fue en una época de fabricación de constituciones de papel y de sistemas sociales, cuando precisamente surgió el sistema no autoritario.

Las más vivas críticas acerca de la tiranía del Estado abrieron naturalmente nuevos horizontes a los más impacientes y más perseguidos revolucionarios de aquel tiempo. El ideal de no-autoridad les inspiró obstinado oposición a los poderes constituidos y su naciente amor por la hollada humanidad no podía hallar satisfacción sino en la más alta expresión de la fraternidad humana: un sistema económico basado en el comunismo fraternal. Y se abandonaron en esta creencia.

Pero si es históricamente cierto que los primeros anarquistas fueron antes que todo comunistas revolucionarios, no se puede por ello inferir que el anarquismo sea necesariamente imposible sin los principios económicos del comunismo y sin el método de la revolución violenta. Teóricamente, no hay en verdad lazo esencial de unión entre los tres conceptos, aun cuando un buen número de personas afirmen su fe en aquella trinidad como un todo. Los que no creen en la necesidad del gobierno, pueden o no ser devotos de la revolución y de la propaganda por medio de la matanza; pueden o no comulgar en el Comunismo.

La defensa de la libertad en las relaciones sociales, del principio del voluntariado o del derecho de secesión en la organización social, presupone, como explanaré luego más extensamente, una sola condición económica fundamental, a saber: igualdad de medios para obtener la independencia económica.

Por otra parte, en el terreno de los hechos, el anarquismo americano nativo, según lo expuso su fundador Josiah Warren y también muy expresivamente Thoreau, está enteramente libre de ambas tácticas, la comunista y la revolucionaria. El anarquismo de Benjamín R. Tucker, generalmente el más lógico y firme, es de todo en todo opuesto al sistema comunista y extremadamente pacífico en su método. El mismo Proudhon procuró establecer la ANARQUÍA por medio del Banco del Pueblo y el Cambio del Trabajo.

Es, pues, evidente que identificar el anarquismo con la revolución o con el comunismo es una falsa concepción de la teoría y contrario a los hechos de su historia. Y, sin embargo, todavía lo oímos repetir una y otra vez, inocentemente por parte de los simpatizantes, que debían conocerlo mejor, y maliciosamente por los reaccionarios y los socialistas políticos, que no necesitan enterarse, porque el error sirve a su propósito de desacreditar el anarquismo ante el pueblo.

Como prueba de tan corriente y maliciosa ignorancia acerca del anarquismo, citaré algunos párrafos de cierto libro publicado hace pocos meses y que fue muy aplaudido por la prensa socialista y calificado por el editor de *The Comrade* de «libro notable de un hombre notable». En la página 332 de *La Historia del Socialismo en los Estados Unidos*, se lee lo siguiente:

«”Los anarquistas, al no reconocer el carácter orgánico de la sociedad humana, niegan el curso gradual y lógico de su desenvolvimiento. El mundo está dispuesto para las más radicales revoluciones en todo tiempo, y cuando se requiere para su éxito feliz es un golpe de mano de determinados hombres capaces de arriesgar su vida por el bienestar del oprimido pueblo”.

“Consecuentes con su punto de vista, los anarquistas repudian la acción política como una farsa dañosa y desdeñan los esfuerzos de las asociaciones de oficio y del socialismo por mejorar la condición de la clase trabajadora, como medios reaccionarios que tardaran la revolución al

suprimir el descontento de los obreros por su estado actual. Sus esfuerzos (los de los anarquistas) se encaminan directamente a sembrar la semilla de la rebelión entre los pobres y mantener una guerra *personal* con aquellos que reputan responsables de toda la injusticia social, los altos y los poderosos de todas las naciones. Sus armas son la propaganda por la palabra y por la acción”».

Este hombre *notable* parece no haber leído nunca un simple folleto anarquista. Cada sentencia de estos párrafos es una absurda interpretación de frases cogidas al vuelo en los pasionales discursos del veterano revolucionario John Most hará unos treinta años. Pero desgraciadamente la teoría del anarquismo es tan poco entendida, que semejante potingue de absurdos halla fácil acogida aún entre los escritores, para no hablar de los píos lectores que se horrorizan sencillamente de «las peligrosas teorías de esos horribles lunáticos que se llaman anarquistas».

Otras de las más importantes falsas ideas sobre el anarquismo de que necesito hablar, porque afecta a su principio fundamenta, es la que se refiere al concepto de la libertad individual.

Mucho se abusa de esta locución. En nombre de la libertad defienden los satisfechos burgueses la misma *esclavitud de nuestros tiempos*, y en el espíritu de la propia constitución del sucesor de aquellos, el socialismo que aspira al poder político, la libertad es perfectamente compatible con la *futura esclavitud*. El anarquismo es aborrecido porque se le supone partidario de la libertad sin freno, de la licencia grosera, de lo que es destructor de toda vida social, en tanto que los anarquistas mismos están todavía divididos en cuanto a la definición de la palabra. La escuela «filosófica» se conforma con la fórmula spenceriana de la libertad igual, esto es, la de que cada uno es libre de hacer lo que le plazca en tanto no coarte la libertad de los demás. Pero el problema no queda así resuelto; solamente adelanta un paso más, porque la fórmula no incluye la definición de su cláusula limitativa. ¿Qué es, en efecto, lo que constituye una interferencia o invasión de la libertad ajena? Lo objeción se reproduce más adelante y parece fundamental, porque no es ya el *principio* de libertad el que sirve como guía de conducta, sino más bien los *límites* de la libertad, que es la misma concepción de la libertad garantizada por las leyes que sostiene la vieja burguesía.

La escuela anarquista «no filosófica» mira semejante fórmula con recelo. Para sus partidarios, la libertad implica nada menos que ese idílico estado en que cada uno es perfectamente libre, no sólo de hacer, sino de *gozar* todas las cosas. Confían antifilosóficamente, por cierto, en la bondad inherente a la naturaleza humana y rehúsan poner límites a la libertad de cualquier especie que sea. Es esta aspiración de los anarquistas comunistas hacia la libertad idílica perfecta lo que impele a los reformadores benévolos, pero cautos, a expresar su simpática observación de que el anarquismo es ciertamente un bello ideal, pero ¡oh, cuán impracticable!

Y así tenemos anarquismo execrado, por una parte, como teoría diabólica de infierno y caos, e idealizado, de otra, como un sueño beatífico, pero imposible.

Ahora bien, la libertad que defienden los anarquistas ni es tan terrible que produzca el caos, no tan beatífica que resulte de imposible realización. La vacilación proviene únicamente de ser aquélla mal entendida. Se habla siempre de libertad como si fuera una fuerza positiva, un arma, algo de que los individuos pueden usar para bien o para mal. Frecuentemente oímos decir: «Den al hombre la libertad y abusará de ella empleándola en molestar a su vecino»; o, por el contrario: «Den al hombre la libertad y será bondadoso y considerado con los demás». Pero la libertad no es una cosa que se da. No es un título de propiedad o una *lettre de chachet*, de la que se puede hacer lo que nos plazca. Esencialmente la libertad es una simple relación, una condición negativa, la ausencia de algo positivo en sus manifestaciones, esto es, la *ausencia de sujeción*.

Además, la libertad es una *relación social*, no una facultad individual. Fuera de la sociedad no podemos formarnos concepción alguna de la libertad. Podemos hacer en absoluto cuanto se nos antoje sin que implique todavía cuestión alguna de libertad. Nuestros actos llegan a tener significación únicamente en tanto cuanto afectan a otros, cuando tienen una relación definida con los actos de los demás, esto es, cuando son actos *sociales*. Al hablar de libertad no hacemos más que caracterizar simplemente la relación de nuestros hechos con los hechos de otros; expresamos entonces que nuestra actividad no cohíbe la actividad de nadie. En las relaciones de hombre a hombre, tener libertad no significa de ningún modo estar investido del poder de dirigirlo; significa acrecentar el beneficio que envuelve la condición negativa de no ser dirigido por él.

Muchos dicen: «Está muy bien hablar de libertad perfecta para lo futuro, cuando los sentimientos altruistas se hayan desenvuelto y sobrepujado a los sentimientos egoístas y el interés de los hombres consista principalmente, como dice Spencer, en ser auxiliar de los demás. Pero con la actual condición humana y las complicadas relaciones de los intereses en conflicto, es preciso que la restricción, mejor que la libertad, continúe siendo la guía principal de la organización social».

La falacia que asoma en esas palabras es también debido a una errónea concepción de la libertad. No es esta un sacrificio que se hace en beneficio de otros. No procede de los sentimientos altruistas, del apoyo mutuo, del hecho de ser ayudado. No hay ningún imperativo, haz para otros, etc., es el grito egoísta puro que desata, que aísla.

La definición de la libertad individual *no* es que cada uno pueda hacer lo que guste con la condición tácita o expresa de no molestar al vecino, sino que cada uno pueda *abstenerse* de hacer lo que no le plazca sin ninguna condición tácita o expresa.

Si la libertad individual fuera incompatible con la organización social, tanto peor para ésta.

Dejen sólo al individuo: no lo *constriñan* en nombre de la sociedad a hacer lo que no necesita, y no tendrán ocasión de *reprimirlo* por hacer lo que le es necesario. El fin de la sociedad es, hablando teleológicamente, el desenvolvimiento de la individualidad y no lo contraria. La organización social tiene únicamente en tanto cuanto sirve los propósitos individuales: tanto más completa su libertad, personal, tanto más sus fines son atendidos.

El anarquismo es la negación de la organización *forzosa*, no ciertamente de *toda* organización. No niega el carácter orgánico de la sociedad y por tanto el curso gradual de su desenvolvimiento. Pero reconocer un carácter orgánico en la sociedad no implica que sea un organismo en el sentido neto de la palabra, donde todos los órganos componentes esclavizados obedecen la voluntad de la autoridad central, el más alto *sensorium*. La organización política de la sociedad es totalmente biológica. La sociedad es una organización sin órganos especiales; está organizada solamente en virtud del hecho de hallarse los individuos en relaciones mutuas los unos con los otros. ¿Cuál es el carácter de estas relaciones mutuas? He aquí una cuestión enteramente política. ¿Cuál fue el curso de su desenvolvimiento? La ciencia política dará la respuesta. ¿Cuál *deberá* ser, o mejor, cuál habrá de ser el carácter de estas relaciones mutuas? El anarquismo enseña que habrá de ser *libertario*, que esas relaciones mutuas, esto es, la organización social, ha de ser *voluntaria* y no *forzosa*.

El individuo no debe fidelidad a persona alguna o agrupación de personas. Es libre, perfectamente libre, de unir sus esfuerzos a los de sus semejantes para cualquier fin y como le plazca, o de permanecer aislado y *no* participar en el trabajo y beneficios de cualquier empresa social. El principio de la libertad individual es el derecho de secesión, el derecho a separarse de la organización política constituida, el derecho a *no hacer* lo que no le es necesario, el derecho

a no conformarse con las decisiones de la mayoría; en resumen, el derecho a la absoluta posesión de su propia personalidad.

La idea del *arquismo*, el Estado, en todas sus manifestaciones y formas, se basa en la teoría de que una porción de la sociedad -una minoría en la forma oligárquica del Estado, una mayoría en la forma democrática- tiene el derecho de obligar a todo el resto a cumplir sus mandatos. Todas las formas de organización del Estado niegan en principio el derecho de sus miembros constituyentes a separarse, aisladamente o en grupo, de tal organización. Ningún Estado sufre la existencia, dentro de su jurisdicción, de cualquier otra organización política, independiente de su autoridad, para los gobernantes, nada hay más nocivo que «un Estado dentro de otro Estado». El anarquismo sostiene un punto de vista diametralmente opuesto al del Estado compulsor. Ahoga por la *elección individual* en lugar de la *ley de las mayorías*; por libertad de *no cumplir* los mandatos de la autoridad, más brevemente, por la organización *voluntaria* en lugar de la organización *forzosa*.

El anarquismo es todo eso, *pero nada más*. Y ello me lleva a hablar de otra falsa idea del anarquismo.

Se supone o afirma invariablemente que aquél presupone un sistema económico particular con el que se da la mano; que sin tal condición económica particular, el anarquismo es imposible, o bien que no prosperaría. Yo no hablo contra los anarquistas que prefieren el comunismo a la propiedad privada, o cualquier otro sistema como deseable condición económica *per se*; hablo solamente contra los que ven en uno u otro de esos sistemas económicos una *conditio sine qua non* del desenvolvimiento de la organización anarquista, lo que niega la *posibilidad* del anarquismo sin otro *ismo* suplementario. En este respecto, lo mismo los comunistas que los individualistas están igualmente equivocados. El argumento de los primeros es que el hombre no puede ser perfectamente libre en tanto cuanto no lo es de consumir cuanto necesita, así de los bienes de la tierra como de su parte en la producción. Y además que la igualización de las fortunas es de necesidad absoluta para la salvaguardia de la institución de la libertad.

El argumento de los individualistas, sostenedores de la propiedad privada, es que la comunidad es esencialmente una explotación de los fuertes por los débiles que, en primer lugar, va contra el progreso de la raza y, en general, merma la libertad de los más fuertes en favor de los más débiles.

A los argumentos de los comunistas respondería: No podrán seguramente bastante y perfectamente libres en este mundo, puesto que aun en el comunismo no se verán libres de todo cuidado y molestia; no se podrán ver libres de las enfermedades y de la muerte inevitable y de los males y dolores sin número de que el cuerpo y el espíritu humano son herederos. Es altamente dudoso que aun un comunista tenga una «voluntad libre» sobre sí mismo.

Ahora bien, yo no niego que sea deseable tener todas esas clases de libertad, pero sí niego muy positivamente que sin ellas no podemos gozar de la libertad preconizada por los anarquistas. Recuérdese que la libertad de que trata el anarquismo es la libertad de no hacer socialmente lo que no se tiene necesidad de hacer, la libertad de no ser constreñido por cualquier organización a participar en cualquier empresa que uno mismo no haya elegido. Esta es la libertad anarquista, por así decirlo, y ello es todo el anarquismo; el resto es cuestión de convenios o acuerdos voluntarios y circunstanciales.

Todo lo que el hombre necesita para mantener efectivamente su libertad no sometida a la autoridad, es, aparte la salud mental, la independencia económica posibilitada por la igualdad de condiciones para utilizar la tierra y los libres dones de la Naturaleza. Establecido esto y por medio de acuerdos mutuos en una organización voluntaria, el hombre puede vivir libre y feliz.

No es la igualdad de fortunas, sino la igualdad de medios lo que, añadido a la libertad, dará por resultado la fraternidad. Porque nunca hay riesgos de que los más fuertes y más frugales opriman a los más débiles y menos parcos, si aun los débiles y sin capacidad son bastante fuertes y hallan bastantes recursos en la igualdad de medios para permanecer aislados y ser libres.

Por otra parte, no hay lugar al temor que los individualistas manifiestan hacia el comunismo voluntariamente organizado y mutuamente convenido. No puede haber explotación en el mutualismo. Ningún hombre que no sea obligado a aceptar cualesquiera condiciones puede ser explotado; y ciertamente ningún anarquista ha pensado en forzar a nadie al comunismo. En cuanto al progreso de la raza, va ganando terreno de poco tiempo a esta parte la idea de que el apoyo mutuo, más bien que otra cosa, lo aumenta, y así no es necesario que nos quebremos la cabeza acerca de ello.

Además, contender por la universalidad de cualquier sistema económico especial implica una lamentable y falsa concepción de la naturaleza misma del progreso social. Las cosas seguirán en el provenir la línea de menor resistencia como invariablemente ha sucedido en lo pasado; pero ¿quién podrá señalar la línea que seguirán las multitudes necesidades humanas para obtener adecuada satisfacción?

Hay espacio suficiente para comunistas e individualistas juntos: tal es el anarquismo.

¿COMUNISMO O INDIVIDUALISMO?

El anarquismo no está ya en su infancia y tal vez haya llegado el momento de que nos preguntemos por qué a pesar de toda la energía aportada a su propaganda, no se extiende con mayor rapidez. Aun allí donde la actividad local es de las más intensas, los resultados obtenidos son muy limitados. Y hay numerosos ambientes que no han sido alcanzados por la propaganda anarquista. Discutiendo este punto, dejo a un lado la cuestión del sindicalismo; lo cierto es que ha acaparado de tal modo la actividad y la simpatía de los anarquistas, que no se le puede considerar beneficioso al progreso de su causa, dicho sea esto haciendo abstracción de sus demás méritos. Tampoco vengo a reeditar una vez más lo que propuse para acrecentar la actividad de los anarquistas. No habiendo sido seguidos mis consejos, no se puede, en todo caso, reprocharles que han dificultado la marcha de nuestras ideas.

Me atendré, pues, únicamente a las teorías anarquistas. Hace tiempo que me viene llamando la atención el contraste existente entre la amplitud de los objetivos del anarquismo -la mayor realización posible de libertad y de bienestar para todos- y la estrechez del programa económico del anarquismo individualista o comunista. Estoy inclinado a creer que la debilidad de base económica -exclusivamente comunista o individualista, según la escuela-, debilidad de la que se tiene pleno conocimiento, es lo que impide a los hombres que tengan prácticamente confianza en el anarquismo, cuyas inspiraciones generales aparecen a tan gran número de hombres como un ideal magnífico. En lo que me concierne, siento muy bien que si el uno o el otro fuera la única forma económica de una sociedad, ni el comunismo ni el individualismo realizarían la libertad, puesto que para manifestarse ésta exige una elección de medios, una pluralidad de posibilidades. No ignoro que los comunistas, cuando se insiste sobre esto, afirman que ellos no pondrán nunca obstáculos a los individualistas que desean vivir a su modo y que no crearán nuevas autoridades o nuevos monopolios. E igualmente hablan los individualistas.

Pero esta afirmación no se hace nunca francamente, amigablemente, pues ambas escuelas están bien persuadidas de que no es posible la libertad sino a condición de que se realice *su* plan. Admito buenamente que hay comunistas e individualistas a los cuales sus respectivas doctrinas, y únicamente éstas, les procuran una satisfacción absoluta y una solución a todos los problemas, según ellos dicen. Estos, claro está, que no quebrantarán su fidelidad a *un* ideal económico único. Sería de desear que no consideren los demás ideales como calcados sobre su patrón y dispuestos a secundar sus miras o como irreconciliables adversarios indignos de simpatía. Que echen un vistazo a la vida real, soportable únicamente porque ésta es variada y diferenciada, a pesar de toda la uniformidad oficial.

Todos podemos ver las supervivencias del comunismo primitivo en los múltiples aspectos de la solidaridad actual, solidaridad de donde es posible que surjan y evolucionen las nuevas formas de un comunismo futuro, y esto aun bajo las garras del individualismo capitalista dominante. Pero este miserable individualismo burgués, si bien crea la aspiración a una solidaridad que nos lleve al comunismo, crea asimismo la aspiración hacia un individualismo verdadero, libre, desinteresado, donde la libertad de acción no servirá ya más para aplastar a los débiles o para la creación de monopolios.

El comunismo y el individualismo no desaparecerán. Si por alguna acción de la masa se establecieran los fundamentos de un comunismo grosero, el individualismo se afirmaría cada vez más para oponerse. Cada vez que prevalezca un sistema uniforme, los anarquistas que amen sus ideas se colocarán al margen de él. Jamás se resignarán al papel de partidarios fosilizados de un régimen, aunque fuera el del más puro comunismo. ¿Pero los anarquistas serán siempre unos descontentos, estarán siempre en lucha, jamás tranquilos? Pueden moverse cómodamente en un ambiente donde todas las posibilidades económicas encuentren plena ocasión de desarrollarse. Su energía podrá entonces consagrarse a una emulación pacífica y no ya a una batalla y a una demolición continuas. Este deseable estado de cosas podría prepararse desde ahora si se admitiera lealmente entre los anarquistas que Individualismo y Comunismo son igualmente importantes y permanentes, y que el exclusivo predominio de uno sería la mayor desgracia que podría caberle a la humanidad.

Cuando nos cansamos del aislamiento, buscamos un refugio en la solidaridad. Hastiados de una sociedad demasiado numerosa, buscamos un refugio en el aislamiento. La solidaridad y el aislamiento nos son, en un momento dado, liberación y reconfortante. Toda vida humana vibra entre estos dos polos en una variedad infinita de oscilaciones.

Permitan que me suponga en una sociedad libre. Seguramente tendré ocupaciones diversas, manuales o intelectuales, que exigirán fuerza o habilidad. Sería muy monótono si los tres o cuatro grupos a que me asociara libremente (pues espero que para entonces ya no habrá sindicatos) estuvieran organizados exactamente del mismo modo. Yo pienso que el comunismo se manifestará bajos aspectos diferentes. ¿No puede darse el caso de que me canse y que sienta el deseo de un período de aislamiento relativo, de individualismo? En este supuesto me dirigiré hacia uno de las numerosas formas de individualismo basadas en la «igualdad de cambio». Tal vez en la juventud se adopte una forma y en la vejez otra. Los productores medianos podrían continuar trabajando en sus grupos, los más hábiles podrían no tener paciencia y dejar de trabajar en compañía de principiantes, a no ser que un temperamento muy altruista les llevara a ser institutores o consejeros de los más jóvenes. Por mi parte, presumo que, para comenzar, haría comunismo con mis amigos e individualismo con los extraños y regularía mi vida ulterior a tenor de mis experiencias.

Facultad de pasar fácilmente y libremente de una variedad de comunismo a otra, y después a no importa también cuál otra variedad de individualismo; éste sería el rasgo esencial, la característica de una sociedad realmente libre. Y si un grupo de hombres intentara oponerse,

procurando imponer el predominio de un sistema particular, sería tan rudamente combatido como lo es el actual régimen por los revolucionarios actuales.

¿Por qué, en este caso, dividir el anarquismo en dos campos hostiles, comunista e individualista? Hago de esto responsable al elemento de imperfección inherente a la naturaleza humana. Es absolutamente natural que el comunismo agrade más a unos y el individualismo a otros. Partiendo de aquí, cada campo ha desarrollado sus hipótesis económicas con mucho ardor y una convicción encarnizada; después, estimulado por la oposición del campo contrario, ha llegado a considerar su hipótesis como solución *única* y se ha aferrado a ella a despecho de todas las objeciones. De ahí que las teorías individualistas hace un siglo y las teorías comunistas o colectivistas hace medio siglo hayan asumido una fijeza, una certidumbre, una permanencia aparentes que no debían de haber alcanzado, puesto que el estancamiento, y esta es la palabra, es la tumba del progreso. Apenas si se ha intentado un esfuerzo para conciliar las diferencias de escuela. Ambas tendencias han tenido, por consiguiente, tiempo más que suficiente para crecer, florecer y generalizarse.

¿Y todo esto, con qué resultado? Ninguna de ambas tendencias ha podido vencer a su contraria. En todas partes donde se encuentran comunistas, surgen individualistas de su seno, y hasta el presente ninguna oleada individualista ha conseguido sumergir la fortaleza comunista. Y mientras la aversión o la enemistad reinan entre seres de tal modo afines intelectualmente, estamos viendo que el comunismo anarquista se va borrando ante el avance del sindicalismo e incluso se compromete más o menos aceptando la solución sindicalista como un estadio intermedio casi inevitable. Por otra parte, vemos a los individualistas que recaen en los errores burgueses, o poco les falta.

Este estado de cosas se produce en unos momentos en que las fechorías de la autoridad y la acción absorbente del Estado nos darían ocasión más que propicia para desarrollar una acción más que vasta y una propaganda fundamentalmente anarquista exenta de toda mezcolanza.

Las cosas han llegado hasta el extremo de que un Congreso anarquista comunista, celebrado en París en 1913, estigmatizó deliberadamente el individualismo y lo excluyó del anarquismo por medio de una votación formal. Si algún día un Congreso anarquista internacional se efectuara sobre estas bases, adoptando semejante actitud, sería cuestión de despedirse de todas las esperanzas puestas en esta especie de anarquismo sectario.

No pretendo combatir, entiéndase bien, ni el Comunismo ni el Individualismo. Por mi parte, veo un gran bien en el comunismo, pero el temor de que generalice es lo que me hace protestar. De antemano no quiero atar mi porvenir, y con mayor motivo el provenir ajeno. Por lo que me concierne personalmente, la cuestión está por resolver; la experiencia dirá cuáles han de ser las soluciones extremas y cuáles las intermedias, tan numerosas, que mejor se adapten a cada circunstancia y a cada momento. El anarquismo me es demasiado grato para que yo quiera verlo depender de una hipótesis económica, por plausible que sea actualmente. Jamás podrán satisfacernos las fórmulas únicas, y si cada uno es libre de poseer y de propagar sus ideas predilectas, es a condición de que comprenda que no pueda exponerlas sino a título de hipótesis. Ahora bien, todos sabemos que la literatura anarquista comunista y anarquista individualista están lejos de mantenerse en estos límites. Bajo este aspecto, todos hemos faltado y tenemos una parte de culpa.

En las líneas que preceden me he servido de los términos «comunista» e «individualista» en un sentido general, deseando demostrar la nocividad y la inutilidad de una exclusividad separadora. Si hay individualistas que han dicho y hecho absurdos (¿son impecables los comunistas?), su exposición no sería refutarme. Mi deseo es ver a los que se rebelan contra los manejos de la Autoridad obrar bajo un plan de inteligenciación general en lugar de fraccionarse

en pequeñas capillitas, creyendo cada una estar segura de que posee una solución económica *exacta* del problema social.

Para combatir la autoridad dominante en el sistema capitalista actual o que dominará en un régimen socialista o sindicalista, o en los dos o en los tres asociados, es absolutamente indispensable que se produzca un inmenso movimiento, verdaderamente anarquista, y esto antes de plantear la cuestión de los remedios económicos. Si se reconoce esto se producirá una vasta esfera de solidaridad. El comunismo saldría beneficiado y su brillo sería muy diferente del que tiene actualmente tomándolo prestado de los rayos de la actividad de la masa sindicalista, mientras que su propia luz, como la de una estrella que se apaga, vacila y palidece gradualmente.

DESDE AUSTRIA

(Cartas a «Les Tempes Nouveaux» de París)

Viena, 14 de Diciembre de 1919.

Los supongo lo suficientemente enterados de la situación vienesa para que les tenga que hablar de ella en detalle. Para el que *puede* gastar en una quincena lo que antes (1914) gastaba en un año, es fácil salirse de apuros, y, en general, lo es también para todos aquellos que puedan descargar sobre las espaldas de otro más débil el peso de esto que llamamos la carestía de la vida. Como yo soy uno de estos más débiles y en absoluto desprovisto de todo, he caído ya en el fondo del abismo y no me queda más recurso que continuar en él. El Algún día tal vez podré contarles, el si les gusta saberlo, el cómo yo el arreglaba del las el y cómo fui tirando, mejor el peor de o, el octubre del hasta de 1918. A partir de esta época, ha sido simplemente espantoso.

Aun pesé a un período soportable desde noviembre de 1918 a abril de 1919. Pero después vivo casi enteramente de pan mojado con agua, fría o caliente, ennegrecida con una apariencia de café. *Y hace tres semanas* (a fines de noviembre) que el pan suplementario que compraba de contrabando no me llega tampoco, y he caído en una profunda miseria, es decir, que no dispongo más que del mínimo de artículos racionados: un kilo de pan, una libra de patatas y 120 gramos de grasa *por semana*, con media libra de harina y 3/8 de kilo de azúcar *por mes*. Así, pues, no dispongo más que de este pan, estas patatas y un plato de mi invención: judías, maíz, avena, harina, mendrugos de pan seco, todo desechos, que hago hervir, cuando puedo, con un poco de sal. Tengo la curiosidad de saber cuánto tiempo podré ir tirando con esta mixtura y sin el pan adicional que no llega.

En esta negra miseria caen algunas de las migajas de la mesa de los países del Oeste. Estos envíos no pueden, verdaderamente, tener la virtud de ponerme de pie, pero sirven para levantar mi moral y reconstituyen una apariencia de almuerzo, sin la leche. De Inglaterra no pueden aún enviarme manteca y otras golosinas parecidas; un poco de cacao y de café no me irían del todo mal, y si no les disgusta este «broad hint», serían *bien*, *pero muy bien venidos*.

Estos paquetes que me envían son a modo de ráfagas de luz que iluminan un poco este sombrío período del invierno, sin fuego con que calentarme y sin petróleo hace más de un mes. Por esto han sido muy amables y les agradezco mucho a todos los que hayan pensado en su viejo amigo. Sé que esta situación no puede durar y más bien me despido de todas estas bellas

cosas cuando, después de tantos años, las veo de nuevo, ya que ni puedo pensar en comprarlas….

Viena, 12 de Enero de 1920.

Queridos amigos: el paquete ha llegado a mí poder. Gracias mil gracias a todos los amigos de *Les Temps Nouveaux*. Gracias también en nombre de mis pájaros (que son tal vez los últimos que quedan en Viena) por estas muestras de amistad que les prodigan.

Su amigo portador del paquete me parece que quiere estudiar la situación creada al Austria (Deutsch-Osterreich) y por qué medios el país podría salir de esta miseria absurda que comienza a saltar a la vista de todo el mundo, menos a los de sus creadores.

Podrá hacer sus investigaciones con plena libertad en la dirección y extensión que le plazca, es decir, que podrá visitar y estudiar los socialistas oficiales (los nuevos ricos del socialismo), así como los socialistas de corazón y no de partido, a los que se creen revolucionarios y, si quiere, a los pocos libertarios que quedan…

Porque, verdaderamente, para mí, hay dos problemas: lo que conviene a este país para salvarlo, y lo que conviene a los socialistas y obreros de este país para hallarse mejor. Muchos de ustedes han admitido una «Unión Sagrada»; yo admito otra entre los débiles y las víctimas, excluidos -por medio de procedimientos únicos en el mundo- desde fines de 1918, de la humanidad, y ante esto, la realización más o menos rápida del socialismo no es urgente para este país que, por sí solo, nada puede realizar.

Por consiguiente, tanto como me interesan las cuestiones generales, me desintereso de los partidos socialistas y comunistas. Las tentaciones y los efectos desmoralizadores de la autoridad son enormes; *tribunos y rebeldes* no salen más que de las universidades, y la mayoría de estos se transforman como por ensalmo en *charlatanes oficiales* y *suboficiales* del nuevo régimen, ministros y *arbeiterräthe* que me causan tanto asco como los políticos. Pero esto hace perder la cabeza a casi todos y al pobre Gustav Landauer le ha costado la vida, pérdida que me pone aún más furioso contra estas atracciones funestas de un poco de poder, esta generalización y vulgarización de la *autoridad* llamada sistema de los «consejos», que *multiplica* la autoridad en lugar de demolerla. Este indisciplinado por excelencia de antaño, nuestro Enrique Müsham, se ha dejado atrapar por completo; cuando en septiembre estuvo en la cárcel, proclamó su adhesión al partido comunista, y ahora tiene que confesar teóricamente que del huevo Marx y del huevo Bakunin, Lenin, al romperlos, ha hecho definitivamente una tortilla. Uno solo se mantiene aun incólume, Pedro Ramus, que en su periódico *Erkeuntnis und Befreiung*, que sigue las huellas de Landauer, (Socialistenbund) no sueña, como los demás, con la dictadura.

Viena, 24 de Enero de 1920.

Su amigo puede comprobar que los socialistas son impotentes para realizar cualquier verdadero socialismo aquí y entre ustedes para imponer un freno humanitario a la burguesía triunfante; son, pues, impotentes, en este momento crítico, para resolver el problema agudo y momentáneo de la vida o la muerte de lo que hoy llaman «el Austria»; la opinión de estos socialistas no puede interesarle para su estudio actual.

Opino del mismo modo; porque se trata verdaderamente de la vida física, moral e intelectual de millones de individuos que no se ven obligados a vivir en condiciones que se considerarían demasiado crueles para ser impuestas a unas cuantas pobres víctimas animales de la

vivisección en un laboratorio; pero yo no soy de los que con esta miseria aún alimentan el agua del molino de su partido especial: que los hombres revienten con tal de que el partido viva y florezca. Hay un límite donde el partido desaparece y sólo el hombre existe. Ciertos socialistas, los de más fama, los que disfrutan con el nuevo poder, con sus funciones bien retribuidas, etc., no ven más que el partido.

El Oeste y el Centro de Europa viven en mundos diferentes. Para el capitalismo del Oeste no hay más que esta cuestión: cómo sacar provecho de lo que aún posee Austria en materia de población, de riquezas naturales, tesoros, arte, etc.; pero para este país el problema consiste en cómo poder salir de esta depresión actual para reconstruir una vida por pobre que sea, pero que se aproxime de nuevo a algo que sea una vida normal. Para París, Austria es como un caballo muerto cuya piel, cascos, entrañas, huesos, pueden ser aún utilizados para ciertas industrias y no deben perderse, porque son la garantía de una deuda; para Austria, aquí, se trata de un caballo enfermo al que un poco de avena y buena alfalfa aún podrían permitirle ir tirando. Tocante a que reviente, esto puede hacerlo por sí solo, sin necesidad del capital extranjero. En mi modo de ver la situación.

Viena, 20 de Junio de 1920.

¿Les interesan aún algunas observaciones sobre Austria? Este país no pertenece ya al mundo de los pueblos: se ha convenido actualmente que es un *Estado-desecho*, un *país-pingajo*, un *residuo*, es decir, lo que han querido que sea los Estados vecinos o constituidos después del armisticio de 1918, sin perjuicio de colgarle estos calificativos en la Conferencia de París. El Austria de lengua alemana fue de este modo roída en virtud de argumentos de nacionalidad (población mixta), de historia (porque así fue en un lejano pasado), de economía muy política (puesto que las riquezas naturales y los distritos fértiles son siempre buenos para conquistar), de estrategia (excelente medio para hacer avanzar una frontera lejana), etc. Lo mismo pasó con Hungría. De diez millones de lengua alemana, cuatro millones fueron así robados, con su territorio rico en agricultura, industria y minas. Los otros seis millones, habitando principalmente un país de montañas y de bosques, forman este *residuo* inutilizable, que nadie quería. Asimismo se les quitó su nombre, decretando en el tratado que no se llamarían ya austriacos alemanes, sino austriacos a secas; se les prohibió juntarse con los demás alemanes de Alemania, solución natural que habría hecho desaparecer de golpe todo el problema. Se les condenó, pues, al aislamiento y se les rodeó con un círculo de hierro de nuevas aduanas allí donde desde tiempo inmemorial o siempre las comunicaciones y transportes eran absolutamente libres. Se ven, pues, condenados, en Junio de 1920 como en Noviembre de 1918 y para toda una eternidad, a someterse a todo lo que sus compatriotas seculares, los nuevos Estados vecinos, y los dueños del mundo, en París o en Londres, les imponen, pues que ni pueden moverse, ni trabajar solos, y son los parias de la Europa moderna.

Porque la producción, separada de la mayor parte de las primeras materias por el bloqueo de cuatro años, se halló privada de carbón por el bloqueo aduanero del armisticio y se encuentra paralizada o arruinada. No se pueden comprar las importaciones caras; se subsiste, pues, sobre los restos de los antiguos aprovisionamientos y a cada mes que pasa nos encaminamos hacia un desenlace y ruina completa. Por la depreciación del dinero, el precio de un artículo comprado al extranjero aumenta, según los países, el doble (Yugoslavia), hasta *multiplicarse* por 3½ (Tchecoeslovaquia), 4¼ (Alemania), 8¾ (Italia), 12 (Francia), 24 (Inglaterra), 28 (Suiza), 29 (Estados Unidos), 31 (Suecia), etc.… y a este precio hay que añadir los enormes gastos modernos de transporte, etc. A este precio no se recibe más que lo que el extranjero tiene interés en vender aquí; si quiere obtener artículos de que se tenga verdaderamente necesidad, hay que pasar aún por el aro de las concesiones, compensaciones y demandas, por no decir solicitudes. Para encontrar este dinero múltiple, hay que vender o entregar al control de extranjeros todo lo que constituye algún «valor internacional». Todo, pues, se marcha, y se ha

marchado a bajo precio. El dinero que entra lo ocultan los ricos o lo gastan en alimentos para vegetar al día los menos afortunados. Actualmente, todo está ya engullido, y el país no interesa ya a los especuladores extranjeros.

El dinero local lo crea naturalmente una fabricación incesante de papel moneda a miles de millones, única industria que no huelga nunca; la depreciación de estos billetes encarece aún más los objetos, los salarios, los sueldos, los gastos de los servicios públicos, unos tras otros, estrechando cada vez más el círculo vicioso.

Con todo esto se obtiene un lujo de ricachón-gañán de los especuladores, una subsistencia penosa, monótona, que paraliza todo impulso y energía en los organizados (obreros y funcionarios), que ejercen una presión continua, y la miseria negra, absoluta, sin salida, la privación cruel que mina y arruina cuerpos y espíritus y hace que mueran las categorías más débiles y aisladas de la población que no saben abrirse un camino con la fuerza o la astucia. Quedan los comerciantes, que ganan con la elevación de los precios, quedan desvalijados por los impuestos y se resarcen con una nueva alza, etc., y los campesinos, los cuales, atiborrados de dinero desde hace tiempo, cultivan lo menos posible y se comen sus productos con toda comodidad. Para los campesinos, la gente de las ciudades puede reventar; toda solidaridad entre campo y ciudad está rota.

En esta situación se prepara a operar sobre Viena la Comisión interaliada de las Reparaciones. Su misión consiste en adueñarse de todo valor que aún pueda producirse, en beneficio de la Entente. Así, pues, si en este vasto desierto de ruinas, de incuria, de indigencia y de sufrimiento, alguna pequeña flor de actividad, de esfuerzo, de impulso se atreviera a asomar, se le arrancaría de cuajo al nacer, o se le autorizaría para que creciera más lejos a condición de dar una mayor cosecha, pero segada y sacrificada lo sería de todos modos. Medio ingenioso para arrebatar toda esperanza, para dejar estos seis millones de hombres a su ruina decretada, sancionada, reglamentada y vigilada, a una *ruina* que está a la altura de las ideas y de los corazones de 1919 y 1920…

En esta situación, que data de noviembre de 1918 y que acarreó esta privación de alimentos, esta declinación de la salud, esta desesperación y esta mortalidad en Austria, y que sólo ahora comienza a conocerse en todos los países y que unos cuantos hombres y mujeres de corazón intentan aliviar, los fenómenos de la vida política, social, moral, etc., toman necesariamente tales formas anormales, que ya no ofrecen más que un interés patológico. El delirio de un febroso, los vagos movimientos de un agonizante, *no pueden* producir trabajo, ni ideas útiles y sanas, y es tan cruel como inconveniente compararlos a actos de organismos sanos y erigirse en juez de estos actos de enfermo. Cuando un pueblo que ha vivido a su modo y comodidad durante siglos, se ve así, de semana en semana -pues hasta Octubre de 1918 todo iba relativamente bien- colocado fuera de la humanidad, expulsado de esta solidaridad humana a la cual, después de cuatro años de bloqueo, se ve obligado a someterse a todo, inerme, en pleno armisticio y «paz», obligado a mendigar que le vendan un mínimo de alimento a precios muy elevados, no se le puede pedir ni que establezca la vida y la mentalidad normales, ni que haga la revolución social. Es incapaz de todo esfuerzo serio y se extenúa en gestos y palabras que a distancia no se comprende lo que significan. Todos gritan a la vez y los que más gritan sobresalen localmente. De ahí diferentes tendencias que predominan aquí y acullá y el equilibrio local temporal pronto se rompe por una nueva algarabía. La frase reina suprema; la mentira oficial, el jesuitismo social-demócrata, las exageraciones «comunistas», la brutalidad antisemita, la impotencia de unos cuantos aislados de buena voluntad, todo esto se agita en el aire y no sirve más que para fanatizar y brutalizar los respectivos adeptos. Los aprovechados hacen sus negocios y se acomodan con *todos* los amos del momento que, sobre ciertos puntos, todos hablan la misma lengua: «cuanto más esto cambia», etc. Y los sufrientes, los que no se han apoderado de ninguna posición estratégica por la *explotación-mutua* (¡qué burla el apoyo mutuo en semejante situación!), los sufrientes saben que *todo*, absolutamente *todo* lo que dirán

y harán estos señores de la derecha, y de la izquierda, conducirá, sin falta, a nuevos gastos, destrozos, pérdidas y chinchorrerías para ellos, que no aguantan actualmente *un* sistema, sino tres o cuatro a la vez, desde la antigua burocracia, que permanece intacta, aumentada y vuelta grosera y negligente, hasta una social-democracia de una incompetencia notable, un sedicente comunismo que ni quiero caracterizarlo y una reacción sutil y pérfida que acecha su momento. La cosa pública se parece a un *foot-ball* que una horda de salvajes empuja sin reglas en todas las direcciones, en pura pérdida y sembrando desastres por todas partes.

De esta degradación de la vida pública y de igual decadencia de la vida de los negocios, donde cada paso a través de las mil nuevas triquiñuelas que se inventan todos los días no se da sino por el camino de la corrupción, se desprende una brutalización de la vida individual de casi todos los hombres, pues cada uno no tiene más preocupación que la de echar mano a todo lo que puede, sea simplemente para vivir, sea para acumular algo en previsión del mañana, que se presenta más negro todavía, más terrible aún, sea para aturdirse con los bajos placeres, pálido reflejo de cara de muerte del placer fácil estético de antes. La honradez y el escrúpulo personales desaparecen de este modo, y si los adultos se contienen aún por el recuerdo del pasado honrado, los *hijos* de este tiempo no conocen la vida honrada y pura, como no conocen tampoco un plato rebosante, una golosina, fuera de verlos en casa de los especuladores o ladrones, que son los modelos de este mundo trastocados. Contemplan el espectáculo de la bestia ahíta repantigada en su auto o el del mercader con el escaparate lleno de cosas apetitosas y no se acuerdan ya de las prédicas de la abuela debilitada y encanijada como ellos. Esta situación es, pues, la escuela de la ruina física y moral de toda adolescencia del país.

No piensen que todo esto crea sentimientos *revolucionarios* tal como nosotros los entendemos. El quítate tú para que yo me ponga es el único sentimiento que se ve. Si la miseria es demasiado grande, el altruismo es un lujo que nadie puede permitírselo. Se salva uno como puede, en los negocios, en el robo o en el *Estado*, es decir, que la gente se vuelve explotadora o se queda en casa, vegeta, mal vive y revienta.

Si alguno pensó alguna vez que un cambio de sistema encontraría una oposición seria en los *funcionarios*, estos ejecutores de las grandes obras del sistema imperante, se engaña lastimosamente. El funcionario ha visto inmediatamente que es el verdadero beneficiado de estos seudo-revolucionarios modernos, de estos cambios de etiqueta y de este fraccionamiento del antiguo país. Cada división multiplica el funcionario, del que ahora se necesitan 2, 4, 6 ejemplares, y su apresuramiento en hormiguear al amparo de todo nuevo régimen le reporta por lo menos una notable disminución de su trabajo *excesivo* y unos sueldos bien aumentados. Solamente un viejo Estado estabilizado puede permitirse la podadura y economías, pero jamás un Estado nuevo; nobleza obliga. Así, la antigua Austria, recortada en seis, se ha trocado en el país de los funcionarios, que pululan como en ninguna otra parte del globo. Levantará un solo dedo y recibirá en seguida aumentos de dos mil millones de coronas, suma obtenida doblando de un plumazo todos los gastos y tarifas de transportes, viajes, correos y telégrafos, etc., como sucedió en abril de 1920; fruncirá el ceño e inmediatamente se aumentarán otros mil millones (mayo 1920). Que se les pida un trabajo un poco más atento, que se despida a uno solo de estos que se han multiplicado a medida que el país disminuiría, y todos se levantarán unánimes contra semejante ofensa.

Este país está en manos de un gobierno *coaligado*, comprendiendo *socialdemócratas* y *clericales* (antisemitas), los jefes de los obreros y de los campesinos. Si un puñado de socialdemócratas se apodera de unos cuantos empleos, otros tantos clericales hallan *justo* hacer lo propio, y si no hay bastantes plazas se inventan, y todos contentos. El antiguo personal, naturalmente, es inamovible, y como no tiene trabajo, se divierte intrigando y conspirando con los recién llegados. Es la edad de oro para esta gente.

Y el porvenir es también suyo. Todas estas esferas fomentan cuidadosamente un federalismo, la separación de este pequeño país en otros pequeños países (Styria, Tirol, etc.). Todos los países de que se componía Austria tuvieron siempre una autonomía de la que nadie se puede formar una idea de un país moderno centralizado, y esto es precisamente lo que ha preparado y permitido su separación en 1918. Pero esta vez, en 1920, se trata de un separatismo alimentado por el hambre y la envidia, el enfermizo deseo entre miserables de devorarse mutuamente, de arrancarse las últimas briznas. Siempre quedarán bastantes para los políticos, y los funcionarios y sus clases, por consiguiente, van a multiplicarse de nuevo.

Y cuando esto ocurra, se procederá a la *subdivisión* de estos pequeños países casi autónomos (observen que pongo cuidado en no decir «provincias», pues de toda la vida sé que provincia es un término que ofende a la autonomía y que siempre hay que decir «país»). Los distritos obreros y los distritos campesinos no se quieren gran cosa, motivo sobrado para hacer de ellos nuevos *sub-Estados* en los países *autónomos* que, en su conjunto, componen el minúsculo *Estado* Austria…

¡Y si esto quedará aquí! Pero es que hay también todo el aparato de un *sovietismo* no-oficial al lado de todo esto. No confundo esto con la organización obrera, bastante desarrollada por los demás. Hablo de una masa de *consejeros* de toda clase surgidos de entre las organizaciones reconocidas y el organismo gubernamental, resultado de elecciones en que el adversario está excluido por principio, etc. Este personal sovietista no existe oficialmente, y por lo tanto formalmente se le desmiente como órgano autorizado. No por eso deja de ejercer una autoridad hasta allí donde encuentra una resistencia. Entonces el resultado es diferente; el más débil no tiene nunca razón. No quiero ahondar más este tema; digo solamente que, visto desde el punto de vista local, el *sovietismo* es la continuación y una variación del *funcionarismo*, que se hermanan muy bien, puesto que todos los funcionarios son hermanos y sólo piensan en aumentar la familia, tan numerosa y encantadora como ya ahora es.

¿Y los anarquistas? Al principio se abstuvieron de meter los hocicos en la gamella, pero algunos no supieron resistir al placer de verse elegidos *consejeros obreros* (Arbeiterralte) en Viena. Pero el *Consejo obrero* donde reside el partido socialdemócrata del doctor F. Adler y el partido comunista no les ha permitido codearse con ellos. No se trata de unos individualistas cualquiera, sino de hombres que han preconizado siempre el sindicalismo y que, por el hecho de su misma elección, aceptan, evidentemente, una cooperación parlamentaria con los partidos socialistas. Pero nada hay que hacer; el anarquismo queda descartado del sovietismo respetable.

He aquí, pues, en qué demencia estamos zambullidos. Que en este estado de espíritu los espectros del bolchevismo o de la reacción revoloteen, guardias rojos por aquí, guardias blancas por allá, nada tiene de serio; que se haga esto o que se haga aquello, siempre acabará mal: nuevos desastres, pérdidas y ruinas y algún compromiso lánguido, marchito, deshonroso; alguna nueva camarilla en el poder y así por el estilo. Un moribundo que oye sonar el clarín y que hace unos cuantos gestos vagos que no cambian nada a nada. Aquí, nos ilusionamos con los sones que vienen de Rusia, o creemos oír gruñir una tempestad lejana en el Mediodía, o creemos ver (equivocándonos probablemente) algunos rayos que iluminan el espacio en el Oeste, o rumores sordos procedentes de Alemania y de Hungría, total, nada, ruido de cadenas de compañeros de sufrimiento cuyas voces están tan desorientadas y son tan impotentes como las nuestras.

No hay que querer demasiado mal a esta desgracia *Hungría*. A partir de fines de Octubre pasó desde las manos de los políticos más nefastos a las de un bolchevismo (empleemos este término convenido) tan crudo, tan cruel, tan ultra-autoritario, que ha hecho detestar el nombre de socialismo en este país tal vez para mucho tiempo, tanto más, cuanto que sirvió de pretexto para la invasión rumana que arruinó el país con una expoliación espantosa y que, por

añadidura, contribuyó a hacer sancionar la inmensa expoliación de territorio y de población húngara que el tratado de Neuilly impone a Hungría. París tuvo una semana sangrienta, las ejecuciones durante varios años, la inmensa deportación, la represión del socialismo durante años (ley Dufaure, etc.), y la tardía amnistía de 1880, y, no obstante, la Commune no tocó ni la propiedad, ni la Banca, ni la vida de un hombre, fuera del hecho *local* de la muerte de los rehenes a últimas horas. En Hungría, en 1919, se ha tocado todo lo que respetó la Commune. Supongamos que este autoritarismo impuesto por la muerte haya sido necesario y saludable -como anarquista, yo me permito detestarlo como a cualquier otro autoritarismo-; pero esto no quita que haya causado enormes sufrimientos individuales y provocado odios feroces. Si, como en la Francia de Thiers y de la Asamblea de Versalles, un gobierno fuerte y unido hubiera podido «establecer el orden», habría procedido con las formas *humanas* empleadas desde 1871 en Francia (lo que no impidió, no obstante, las irregularidades de la semana sangrienta). Pero el país estaba tan trastornado que la justicia remolona fue substituida por la venganza inmediata de personas significadas y de sus amigos. Todo esto es abominable, pero si alguna vez la sangre ha engendrado la sangre, la del 1919 ha engendrado en Hungría la de 1920.

La resolución de *Ámsterdam*, de boicotear Hungría a partir del 20 de junio, no herirá, pues, a inocentes, lo sé; pero si sus autores se figuran que con su resolución hacen un acto generoso, se equivocan. Creo que azuzan el odio entre pueblos haciendo circular exageraciones groseras; no creen ni en la centésima parte del mal que ha dicho de la Hungría de 1919, pero creen todo el mal centuplicado que se ha dicho de la de 1920. Las emprenden con el país que, después de Austria, es el país más débil, adolorido y mutilado del mundo, el más expoliado y el más aislado. No se han preocupado de ver a húngaros por centenares de miles arrancados a su país milenario para ir a parar bajo el yugo de sus enemigos vecinos, lo que creó -con la ruina y la jornada bolchevista de 1919, período poco grato a los que no fueron bastante cobardes para aullar con los lobos- esta mentalidad de desesperación absoluta en que los hombres se devoran unos a otros y causa un daño, no hay que ocultárselo, a nuevas víctimas. Pero ya que ni las víctimas de las autoridades de 1919 *ni los sacrificados por los tratados* han encontrado apoyo y sostén en Ámsterdam, ¿a qué viene formalizarse por estas cuantos víctimas de 1920? Déjenos, pues, que nos devoremos unos a otros; es el único placer que nos queda. El mundo se nos ha cerrado; desde el pan hasta el libro, pronto no podremos comprar nada; el bloqueo físico e intelectual adquiere la fuerza de una ley económica automática. Déjenos, pues, por lo menos, en paz, y no nos hablen de humanidad, de solidaridad, etc. Si rompen un vaso en pedazos, permitan a estos pedazos que se estrangulen mutuamente y no les asombre si no se aquietan de repente, con la rigidez respetable de un hombre que muere de indigestión, género de muerte conveniente y decente que aquí no podemos permitirnos. En suma, no pidan a moribundos que se mantengan correctos, no castiguen a enfermos; respeten, por lo menos, la muerte.

Estoy muy lejos de despreciar la solidaridad ofrecida. Pero los tiempos son demasiado serios y tristes para que no pidamos *algo más* a esta solidaridad. Habría sido posible, con igual esfuerzo, salvar a centenares de miles de húngaros sacrificados por el trabajo de 1920, *y si al menor resultado posible de este género se hubiera obtenido por medio de la cooperación obrera mundial, este hecho habría rehabilitado al socialismo en Hungría*, habría llevado una esperanza a todo un pueblo y encendido de nuevo el fuego sagrado, ahora apagado, de la tolerancia, del apoyo mutuo y del mutuo respeto humano. Pero ya que nadie se movió…

¿Y quién hará realmente el boicot de 1920, quién sufrirá sus consecuencias?

El día 21 de julio de 1919 fue el día de huelga general internacional para imponer la cesación de la guerra contra la Rusia revolucionaria. Aquel día Viena se pareció a un féretro: huelga absoluta. No fue lo mismo en otras partes y el resultado fue nulo.

Este 20 de junio de 1920, el boicot de Hungría no preocupa a nadie, según creo, al mundo del Oeste. En Suiza y en Alemania, según noticias del 20, se preocupan mediocremente. Pero en

Viena y en Austria, les preocupa grandemente. Todos los obreros que de cerca o de lejos tienen que ver con los transportes, mercancías, etc., se impregnan de un espíritu perspicaz y desconfiado, aduanero y policíaco. Todo se hurgará, y como que en localidades anteriores pueden haber sido negligentes, se escudriñará todo nuevamente. No quiero insistir sobre las consecuencias de toda clase a que darán lugar estos procedimientos si el boicot se realiza verdaderamente. Pero precisamente esta es una de las cosas que placen a los espíritus innobles: que se les permita perjudicar impunemente al más débil, hacer acto de autoridad, divertirse en hurgar, verbalizar, decretar, pasar el tiempo en estas triquiñuelas. Es una nueva desmoralización *concedida* por personas de *otro mundo*, en Ámsterdam a una población ya degradada, **víctima inocente**, por todo lo que sufre desde 1918. Para un aduanero holandés, un saco de café, un tonel de manteca, no es nada; para los hambrientos de aquí es la vida y para los especuladores que están detrás de ellos es el bienestar; figúrense, pues, los probables detalles de estas manipulaciones semiautorizadas que nadie se atreve a reprimir. Y el odio húngaro las emprenderá contra este pueblo de aquí, su compañero de desgracia. Pero este odio también está decretado, este odio entre húngaros y austriacos, odio que cada reacción en Austria azuza y alimenta cuidadosamente. Porque Austria está condenada por el tratado de Saint-Germain a arrebatar a Hungría una parte vecina de lengua alemana sin consultar la voluntad de la población, problema que hasta ahora nadie ha abordado. Víctima Hungría de esta nueva expoliación y del *celo* que en Viena se pone en obedecer a Ámsterdam, boicoteará a su vez al Austria hambrienta y la privara de su trigo y de otros géneros; se comprarán, pues, estas cosas indispensables a América en lugar de al vecino húngaro, con gran satisfacción del capitalismo interaliado o intermundial que se ríe de todo esto tras cortina.

¡Si por lo menos el boicot húngaro, este puntillazo dado *al más débil*, se acompañara de algún ataque *al más fuerte*! La altanera *Polonia* hace una guerra a la Rusia revolucionaria, la cual, si sucumbe, verá en su casa un terror blanco como no pueden figurarse, y todo el mundo sabe que Polonia no es más que la fachada del capitalismo mundial. *Irlanda* y otros países están contenidos por una mano de hierro que nadie, salvo *la voluntad internacional de los productores*, es capaz de hacerle soltar la presa. Difícil será hacer valer esta *voluntad* en ambos casos, aunque ya se hayan intentado algunos esfuerzos aislados. Coordinen una acción de esta índole, un llamamiento parecido al esfuerzo bien intencionado por las víctimas de Hungría, y *entonces se les creerá*. Entonces renacerá la esperanza en los corazones más secos por esta tan grande miseria. Entonces luchando y viviendo. ¡Habéoslas, pues, con los **fuertes** y no con los débiles!

Si esto no sucede, ¿qué veremos aún aquí? Una agonía mayor a un pandemonium enfermizo de seudorevolución, y un autoritarismo desenfrenado al cual se agregarán la brutalidad consecutiva a la guerra y la negligencia habitual -que, como en Hungría, permitirá a los granujas desquitarse- durante semanas o meses para ceder luego el lugar a un terror blanco absoluto. Todo esto es poco interesante. Si Mediodía y Oeste despiertan, si por lo menos algunos gestos generosos *contra los fuertes* en el indicado sentido señalaran los primeros pasos de esta buena voluntad internacional, única que podría salvar al mundo, ya sería otra cosa -se nos devolvería al mundo que ya no existe para nosotros- para los que en Viena no somos ricos y no podemos permitirnos el lujo de las frutas y de la leche y de otras cosas que ya no existen.

Para terminar, he aquí cómo nos divertimos en Austria: En un periódico especial de Derecho (*Juristiche Blacter*), un abogado reclamó hace poco la autorización del *suicidio* por motivos de enfermedad, indigencia, etc., y si el Estado lo reconociera permitiría a los médicos entrar en funciones. Creo que la negativa del Estado a permitir que desaparezca un contribuyente impedirá que se realice este plan; pero esta *socialización del suicidio* sería el producto lógico de un pueblo atrofiado bajo todos sus aspectos, descomponiéndose y muriéndose en pleno centro de Europa en virtud del nuevo orden de cosas.

Viena, 6 de Septiembre de 1920.

El partido socialista del Austria alemana y los obreros de este territorio, en general, han conquistado, sin lucha y como por arte mágica, y conservan aún, a consecuencia de los acontecimientos de octubre-noviembre 1918, el poder político y una influencia extraordinaria sobre la vida económica. Sin embargo, este inmenso aparato se mueve como una máquina trabajando en el vacío y no es capaz de inaugurar la marcha hacia un socialismo cualquiera, sin hablar aquí de un socialismo correspondiente a las menores aspiraciones libertarias. Si la miseria que hemos descrito, que pesa sobre todo el país y mina la vitalidad de todo esfuerzo, entra por mucho en ello, no faltan otras razones; se encuentran tanto en el pasado de este partido como en el carácter de los problemas presentes y los métodos para abordarlos. Como todos los países pasan o pasarán en nuestros días por situaciones nuevas, imprevistas pocos años atrás, el estudio recíproco de estas experiencias debería hacerse sobre una grande escala y seguir los ejemplos e iniciativas prácticas. Con este objeto escribo las siguientes observaciones:

La antigua Austria era no solamente un país de gobiernos reaccionarios y de vida burguesa opulenta, sazonada por la buena mesa, la música y el baile; también era un país de trabajo, industrial y agrícola, y de sentimientos progresivos bastante extendidos, que florecieron de la noche a la mañana tan pronto como el antiguo régimen quedó debilitado, comprometido, y, esperémoslo por lo menos, derribado al fin; así en 1848, 1859, 1867 y a fines de 1918. Los obreros estaban en primer término, pero les faltaba experiencia práctica de la vida política y tenían, por de pronto, el más vivo deseo de instruirse, fundando universidades populares a partir de 1867, luego un afán de mejorar las condiciones de trabajo, aunque sólo fuera de modo modesto, por medio de las sociedades de oficio y de la acción colectiva. El socialismo, utopía lejana, no les fue prometido sino después de una larga evolución que debía inaugurarse por una lucha por el sufragio universal, lucha que requirió cuarenta años, desde 1867 a 1907. Para esta se entregaban a jefes que les traicionaban: a liberales como H. Oberwinder o a clericales como H. Tauschinsky, o a gentes que mantenían una actitud correcta, pero floja y borrosa, como el estudiante proletario E. Reinthal. Hubo algunos momentos de agitación revolucionaria bien acogida, pero pronto suprimida con las persecuciones; así fue como el futuro anarquista alemán J. Most hizo sus primeras armas en Viena, en 1869, y otro revolucionario de la época, Andreas Scheu (que vive aún), durante sus viajes compañero de los blanquistas de París, sobre todo de Eduardo Vaillant, continuó la agitación de Most hasta 1873, en que tuvo que expatriarse, a partir de 1880, en fin, los obreros fueron tan maltratados por las persecuciones y las triquiñuelas gubernamentales y la ruina lánguida de sus jefes, que aceptaron con entusiasmo el socialismo revolucionario, y poco después el anarquismo preconizado por el *Freiheit*, de Most, en Londres y el *Zukunfi* (El Provenir), en la misma Viena editado. Esta propaganda no pudo hacer conocer en detalle las ideas libertarias, pero los obreros comprendieron instintivamente que ya era hora de acabar con los incesantes llamamientos al sufragio universal y a unas cuantas pequeñas reformas; desde 1882 a 1884 fueron aceptados y puestos en práctica como medios de acción la acción directa y el acto revolucionario individual. Este floreciente movimiento -algunas manifestaciones en 1882 y en 1883 fueron las primeras y las más bellas que he presenciado- fue aplastado por medio de enormes represalias a principios de 1884, pero continuó subterráneo, con grandes sacrificios, durante algunos años, extinguiéndose al fin por no poder hacerse escuchar y explicar a las masas. Una hoja que se hiciera circular podía costar diez o quince años de presidio, sin amnistía, mientras que los socialistas políticos podían celebrar sus reuniones y hacer circular su prensa sin riesgos apenas.

Son su ojo de médico experto, el último gran jefe de los socialistas políticos, el doctor Víctor Adler, acechó, para entrar en acción, el momento de mayor postración del movimiento obrero revolucionario, después de la represión de 1884-85. Este hombre, socialista convencido desde su juventud, que coincidía con el origen del movimiento en Austria (1867), había militado, no obstante, en el radicalismo burgués y no había abierto la boca cuando los revolucionarios tenían

la palabra libre y podían defenderse. Prefirió andar en conciliábulos con unos cuantos revolucionarios menos comprometidos y cansados de una vida de persecuciones; les demostró lo quimérico de sus esperanzas, les reconcilió con los jefes de los socialistas moderados, procurando siempre no lastimar sus susceptibilidades, y de este reclutamiento de renegados, de esta mezcolanza de un socialismo ultraplatónico con fórmulas, mejor escogidas, elaboradas por la ciencia marxista, salió, a fines de 1886, el primer periódico de Adler (*Gleicheit*, Igualdad, nombre escogido para recordar el periódico de igual nombre de Andreas Scheu), precursor del *Arbeiter-Zeitung*, fundado en 1889, que hicieron la reorganización pública del partido (finales del 1888) y todo el partido socialdemócrata austriaco hasta nuestros días y aún formaron la mitad del gobierno austriaco de noviembre de 1918, siendo la otra mitad… el partido coaligado clerical, coalición que se deshizo durante este verano, lo que no es obstáculo para que unos y otros continúen siendo ministros (le son aún) a tenor de una fórmula sugerida por el hijo del mismo doctor Adler.

Este hombre, después de treinta y dos años de memorable asiduidad, había, pues, conseguido su objetivo y murió siendo ministro, jefe supremo de Ballplatz (Negocios extranjeros) del mismo Metternich (noviembre de 1918). Es verdad que no es su partido quien ha hecho una revolución en octubre-noviembre de 1918 -ya que nadie ha hecho revolución-, pero los jefes de su partido estaban presentes cuando las carteras ministeriales estaban a disposición de quien las quisiera, lo que, en política, parece ser lo esencial. De los ahorcamientos de 1884, de las imprentas secretas en cuevas, en 1885, a la libre elección de carteras y a la cabeza de un Estado en 1918, no deja de haber algo, y este algo es obra exclusiva de V. Adler. Hasta se puede haber sido de la imprenta clandestina de 1885 y ministro a partir de 1918 o 1919, como en el caso de B. Hahermann, el ministro de Instrucción pública del Estado checoslovaco.

¿Cuáles fueron los medios de acción de Adler? Ante todo, era inteligente, sin vanidad ni ambición de cosas pequeñas, pero apasionado del verdadero poder, del poder oculto absoluto. Había hecho de la psiquiatría su especialidad, y digo sin burlas que la gloria actual del partido socialdemócrata austriaco depende íntimamente de este hecho. Un alienista sabe atravesar sin peligro una cabaña de locos, pues sabe o aprende en seguida cómo ha de conducirse con la locura particular a cada individuo. Ayudado Adler por su inteligencia y su instrucción superiores, se dio pronto cuenta magistralmente de la mentalidad especial de cada uno de los centenares y millares de jefes y subjefes obreros con que tuvo que tratar durante estos treinta y dos años, así como del estado de espíritu de las reuniones, de los grupos, de las coaliciones, también, que se formaban en contra suya. Cogía a cada uno por su lado flaco o fuerte, que sabía encontrar maravillosamente con una tolerancia y una bonachonería aparentes, como las del médico que hace charlar al enfermo para mejor estudiarle. De este modo fijaba a cada uno en el lugar que le correspondía, utilizando sus buenas o sus malas cualidades. Excelente método para cultivar un personal eficaz y tenerle contento, así como para eliminar todo lo que existía y nacía en talentos y buenas voluntades y caracteres *independientes*. Adler descubrió, alentó, empujó los talentos; pero no llegó un momento para estos en que tuvieron que doblegarse ante él y renunciar a su independencia intelectual, so pena de quedar inutilizados por medio de mil sutiles modos diversos. De esta manera, y de todas las generaciones de socialistas, desde 1886 a 1918, no pudo sobresalir un pensador independiente, ni una idea fue discutida y propagada en uno u otro sentido que no fuera el que Adler quería. Adler hizo escuela; había encontrado el modo de asegurar la obediencia y de eliminar los espíritus independientes hasta en las menores ramificaciones de las organizaciones. Hubo algunos individuos con talento y conocimientos, pero se les obligó a aislarse en las elevadas regiones de la metafísica marxista, donde su radicalismo teórico quedaba perfectamente inofensivo. Hubo muchas derechas e izquierdas, ensueños y ganas de un poco de acción; pero todo esto acababa siempre de la misma manera: en el Congreso en la reunión decisiva, Adler dejaba que todo el mundo hablara y al final hablaba él distribuyendo porrazos velados con elogios, diciendo a todo el mundo: «tienen mucha razón, pero no saben por dónde andan». Practicó su famoso truco de «*nadar entre los escollos*», a derecha y a izquierda, lo que contentaba mejor o peor a todo el mundo, ya

que no había modo de luchar contra sus artimañas; el resultado eran endechas platónicas a la teoría revolucionaria y argumentos muy sutiles para que en la práctica nadie se moviera ni hiciera nada.

Para hacer justicia a V. Adler hay que agregar que puso su inteligencia y su certero golpe de vista de alienista experto al servicio de las luchas obreras contra la burocracia y la policía, los tribunales y los capitalistas, la prensa y el gobierno. La policía se permite mil cosas contra los obreros que no se atrevería a hacer contra los burgueses y que ni las autoridades mismas ni los tribunales se atreven a defender. En este terreno, Adler fue inexorable y más de mil veces demostró que, en estos litigios, los socialistas no se salían de la legalidad y que la policía o la burocracia violaban la ley. No hablaba sino cuando estaba seguro del asunto y su sarcasmo dejaba muy mal paradas la vanidad y la incompetencia de los ministros y de los altos funcionarios. Estos le tenían miedo a él y a los suyos y a menudo les dejaban tranquilos. Esto contribuyó de modo enorme al aumento numérico de la socialdemocracia, que estos mismos funcionarios habían antaño, cuando les convino, perseguido como sociedad secreta o como sectarios de teorías «prohibidas». Esta defensa de la libertad individual del obrero, acompañada de varias pequeñas reformas olvidadas hasta entonces y sobre las cuales Adler, como médico e higienista, sabía muy bien insistir, reanimó el espíritu de muchas categorías de obreros, deprimidas hasta entonces por una ruina secular opresiva. Pero miraba de cerca, se ve que esta táctica *ancla* el partido en la *legalidad*, que se dejaba, como todo el mundo hacía, de lado, sin desafiarla jamás públicamente. Tal vez Adler tenía alguna razón *legal* valedera *superior* en reserva. De ahí que todos los sub-Adler se aferraran a la ley y hallaran placer en ello, hasta el punto que de las leyes no veían lo odioso sino cuando se empleaban contra ellos. Puede figurarse que estas permanentes argucias no crearon rebeldes, sino buenas gentes que se sentían perfectamente capaces de gobernar y no deseaban otra cosa. Hasta tenían la idea luminosa y muy sincera de que si ellos ocupaban las poltronas ministeriales y los altos cargos de las oficinas inferiores, equivaldría a la *revolución social* y que, si el mundo permaneciera tranquilo y respetara su autoridad, el socialismo no tardaría en ser un hecho.

La eliminación de los espíritus independientes y la creación de un personal de «mentalidad disciplinada y burocrática» que dice: el Estado es *nosotros*, la humanidad es *nosotros*, como antes decían el partido es *nosotros*, son pesos retrógrados que se añaden a numerosos otros pesos que gravitan sobre los que formarán el Austria de 1920.

Para completar este análisis de estos mismos treinta años que precedieron a 1918, el partido clerical, oculto bajo la máscara de «cristianismo social» o antisemitismo, aniquiló o poco menos a los liberales de Viena y así pudo conquistar el municipio, que gobernó y explotó durante los veinte últimos años de este período. Los manejos odiosos y persecutorios (por ejemplo, contra los profesores que no querían doblar la rodilla; el presidente actual, Seitz, es uno de los que fueron destituidos) fueron muy bien combatidos por los socialistas; pero como esta lucha no tenía más miras que las elecciones municipales y fue obstaculizada por un sistema electoral censatario, se trataba, pues de conquistar los votos de gran número de indiferentes y hasta de reaccionarios a fin de conquistar el municipio, cosa que fue facilísima en 1919 gracias al sufragio universal municipal. Nadie sospechaba este éxito, ni esta lucha, llevada de modo muy bajo por los antisemitas, lo que hizo bajar también el nivel de la socialdemocracia local, que se manchó verdaderamente con este contacto de insultos y groserías con vistas a la *galería* electoral. A medida que aumentaron los éxitos del partido, se aumentó también con un nuevo personal sediento de las gangas que los municipios proporcionan: entró en el municipio en 1919 y el problema que actualmente discuten es saber si la municipalidad y sus empresas estaban arruinadas antes de aquella victoria o si se arruinaron después. Regocijante.

Adler tuvo demasiado tacto para ir a mezclarse con estas cosas locales, y aun en el parlamento entró relativamente tarde. Dijo siempre lo que tuvo que decir a la burguesía, pero no pudo jamás conseguir que la burguesía le tomara realmente en serio. Conocía ésta muy bien el

miedo de Adler a los riesgos de una lucha prematura que habría podido hacer perder al partido la posición privilegiada que le había procurado su táctica de astucias. Como que creía que Austria duraría tanto como Francisco José -y ha durado-, estaba segura de que el socialismo sería inofensivo, que no haría nunca nada, fuera de la acción parlamentaria y sindicalista moderada, mientras viviera Adler, y así fue. Esto ha proporcionado a este extraño socialismo hasta simpatías burguesas y no le faltaron burócratas admiradores. El sindicalismo, la ANARQUÍA, la acción directa, la huelga general, etc., todo esto estaba aún lejos de este vetusto país que tenía una socialdemocracia tan domesticada.

Para terminar, abordaré la cuestión de las nacionalidades. Esta cuestión no existía, al principio, para la socialdemocracia austriaca de lengua alemana, es decir, que profesando el respeto a todo el mundo y el internacionalismo, comprendía que los patriotas, los patrioteros y los nacionalistas eran sus enemigos naturales como lo son los clericales y los burgueses. Trabajadores de distinto idioma trabajaban unos al lado de otros en armonía perfecta y en los movimientos obraban de acuerdo. En tiempos de los anarquistas la *Zukunft* alemana y las *Delnické Listy* tchecas se publicaron en Viena en la misma imprenta, sufrieron unas mismas persecuciones y una muerte común. Los socialdemócratas de Adler continuaban sus relaciones fraternales con los polacos, ruthenos, slovacos, italianos, etc. El Congreso de todas estas organizaciones nacionales, celebrado en Brün (Moravia) en 1899, adoptó un programa reclamando la autonomía de las nacionalidades como base de la organización de la entera Austria, idea sobre la cual los doctores Renner y Otto Bauer hicieron después aparecer estudios. El nacionalismo tcheco fue quien primero insistió sobre la separación de los obreros en organizaciones nacionales, imponiendo así la necesidad de doblar el aparato organizador, la burocracia obrera, a menudo en sus menores detalles, y como una parte de los tchecos se había vuelto nacionalista a todo trance, mientras una minoría continuó siendo durante algún tiempo «germanófila», hubo a veces tres organizaciones en lugar de una. Es de una evidencia palpable que estas nuevas burocracias, una vez establecidas, no tuvieron más que un solo deseo, el de continuar y extenderse, lo cual impidió toda coalición que habría inutilizado algunos secretarios y redactores. El doctor Adler lo sacrificó casi todo a concesiones a este nacionalismo a fin de conservar la unidad del partido, pero fue importante contra las seducciones del nacionalismo, que destrozó la unión de la lucha proletaria como en noviembre de 1918 destrozó la unidad económica secular de todo el país. Pero a pesar de estas desilusiones, Adler no permitió a su partido que hiciera la menor concesión a un nacionalismo alemán, y cuando en 1914 estalló la guerra, socialistas y burgueses de lengua alemana andaban a la greña sobre el terreno nacional, mientras que los socialistas de las demás naciones estaban ya a disposición de la burguesía de su país sobre las cuestiones de defensa y de agresión nacionales.

La guerra encontró la repugnancia y el pesimismo absoluto del partido socialista, pero cuando la avalancha de los cosacos de Nicolás se puso en camino de Viena y de Budapest, es evidente que se defendió como habría hecho en cualquier otro país. Adler previó sin duda el enorme agotamiento de la burguesía debido a la guerra y que los acontecimientos serían beneficiosos para su partido si sabía esperar y no se gastaba antes de tiempo en una acción revolucionaria cualquiera de la que no tenía ninguna experiencia. Contuvo, pues, todas las impaciencias y permitió a una fracción «izquierda», dirigida por su hijo Fritz Adler, reunir y canalizar, por así decir, los espíritus más ardientes. Sabido es que en octubre de 1916 Fritz Adler mató al ministro más significado, el conde Stürgkh. No discuto los aspectos de este acto (el autor repudió toda afinidad con los actos anarquistas); ni fue seguido de una rebelión ni de una represión seria, lo que demostró que no había elementos revolucionarios y que el viejo régimen, minado y debilitado, no podía aguantarse y se caía a marchas vistas. El viejo Adler sabía esto de antemano, sin este experimento, y no juzgó oportuno evidenciar la impotencia revolucionaria de su partido con semejante gesto ruidoso. Los movimientos huelguistas de principios de 1918 que debían pesar sobre las deliberaciones de la paz rusa en Brest-Litovsk, señalaban un

descontento creciente, pero también igual ausencia de espíritu y de poder revolucionario que en 1916.

Vinieron septiembre, octubre y noviembre de 1918. Por el manifiesto del emperador Carlos (28 octubre), las nacionalidades de Austria fueron invitadas a constituirse en organismos separados, lo que hicieron inmediatamente con una intensidad que probablemente el ex emperador no esperaba, pero ya no tenía fuerza para alzar la voz ni tampoco nadie la levantó contra él. Los acontecimientos se precipitaron entonces un poco, pero revolución no hubo nunca.

Esta separación de las nacionalidades en el momento del derrumbe de la monarquía y de la terminación de la guerra habría podido pasar sin dificultades en noviembre de 1918 y así se comprendió en Viena. Pero las otras nacionalidades, después de siglos de vida económica común y cuatro años de guerra en común, se declararon enemigas vencedoras de pronto y esto durante el armisticio, cuando el ejército de lengua alemana se había desbandado. Entonces arrancaron cuatro de los diez millones de austriacos de lengua alemana y territorios ricos en agricultura, industria y productos del subsuelo. A excepción del desmembramiento de Carinthia, donde hubo la única resistencia armada alemana y del tratado de octubre que decretó el voto popular, todas las demás anexiones fueron confirmadas por el tratado de la paz, y los seis millones, Viena y los países alpinos, quedaron rodeados, a partir de noviembre 1918, por estas nuevas fronteras que aportaron el hambre y el frío, la ruina y la miseria que todos sabemos.

Esta situación terrible, en un momento en que se había creído que al final de la guerra los odios desaparecerían como la nieve ante el sol primaveral, fue para unos el principio de un martirio, si no de una agonía, y para otros, monopolistas y hombres de negocios, políticos y jefecillos políticos, ocasión de abundante e inesperada cosecha.

Los únicos partidos vigorosos son obreros y campesinos (éstos últimos clericales y antisocialistas); burgueses y funcionarios de provincias, no clericales, pero bastante antisemitas, son el único otro partido de importancia que queda. El verdadero capitalismo tiene una representación mínima, consecuencia tangible del hecho que los distritos industriales alemanes en Bohemia han quedado anexionados al Estado checoeslovaco. Según las elecciones de febrero 1919, socialistas y clericales forman, pues, una coalición y se reparten el poder. En verano de 1920, en vista de las nuevas elecciones, esta coalición se rompió, lo que, a tenor del método local, quiere decir que todos poco más o menos continúan siendo ministros y gobernando juntos, a pesar de haber reñido oficialmente, según una ingeniosa fórmula inventada por el hijo del doctor Adler, que es el hombre de las soluciones matemáticas, debido a sus especiales estudios y no psicólogos como su padre, muerto en 1918, después de haber sido durante unos días ministro.

El partido socialdemócrata sufre el impulso del partido *comunista*, surgido, en noviembre de 1918, de esta «izquierda» que poquito a poco se había ido formando en el partido socialista oficial. Se habría podido creer que hombres emancipados de la dictadura intelectual de Adler padre y Adler hijo estarían satisfechos de respirar el aire de la libertad, que se aproximarían al sindicalismo y al anarquismo (no del todo desconocido en Austria, pero que no han podido dejar sentir su influencia en las grandes evoluciones públicas de que hablo). Nada de esto hubo. Mantienen para estas ideas el mismo desprecio altanero y ridículo que treinta años de Kautsky en teoría y de Adler en práctica les han enseñado. Si se desembarazan de Kautsky es para buscar la *dictadura* del proletariado en los rincones y rinconcejos de algunos viejos escritos de Karl Marx… como si Karl Marx, ante tantos fenómenos nuevos, hubiera sido capaz de abdicar toda reflexión y de hurgar en lo que hubiera escrito sobre semejantes temas cuarenta años atrás.

Pronto Lenin y Bela-Kun fueron sus Kautsky y Adler, pensando por ellos. Es raro y triste ver esta esterilidad mental, esta abdicación de la inteligencia ante fórmulas, sean teóricas o prácticas (y es dudoso), para países y situaciones tan diferentes, esta negación sistemática de la libertad de este partido tan bullicioso compuesto de hombres jóvenes en apariencia pero condenados a un autoritarismo que tiene todo el aire de la edad de la piedra.

Y no data más que de treinta años de socialdemocracia y de cuatro años de guerra. De la eliminación sistemática «en interés del partido» de los «indisciplinados», de los espíritus libertarios; del ejemplo de la dictadura militar y estatista y de la organización industrial durante la guerra, han salido esta sed del poder, este desprecio de la libertad, esta glorificación de la dictadura que cada adepto quisiera ejercer. Todo el arsenal intelectual de este partido proviene de su anterior servidumbre socialdemócrata, que le preparó para ser deslumbrado y no para asquearse de las grandes operaciones autoritarias durante la guerra. Y no sabe salir ya de este círculo vicioso: continúa haciendo «comunismo de guerra».

No obstante, perturba el festín de la social democracia reinante, que está muy bien predispuesta a continuar el manejo actual. Veamos cómo pasan las cosas.

Pertenecen al partido socialista una buena mitad de carteras ministeriales (llamadas secretariados de Estado), el municipio de Viena y muchos otros más. Las instituciones sociales están muy desarrolladas en Austria y actualmente aún se procura extenderlas y reformarlas en una dirección popular. Hay, pues, una infinidad de socialistas colocados en estas numerosas posiciones electorales o burocráticas y forman un bloque gubernamental muy sólido.

Al lado de esto hay los *consejeros* obreros, los consejeros de talleres, los consejeros de inválidos y de soldados y otras variedades, a los cuales los antisocialistas han agregado los consejeros burgueses y campesinos. Es un reflejo del *sovietismo* que data de los primeros días de la República y que subsiste todavía aunque haya perdido el encanto de la novedad y vea cerrarse el porvenir ante él.

Mientras se trate de funciones sociales netamente definidas, como la de representantes obreros e intermediarios entre obreros y patronos, etc., este sistema funciona a satisfacción y contenta a muchos descontentos. Pero la primera categoría de estos consejeros, los consejeros obreros por excelencia, no desempeñan funciones tan precisas, pero pretende, más o menos, ser el embrión del *sovietismo* o el verdadero *soviet*, y esto no marcha sin lucha, hasta en Austria. Los obreros de todas las opiniones son los llamados a elegirles, pero únicamente pueden ser elegidos los miembros de los partidos socialista y comunista; hay, pues, el «candidato imperativo», verdadero preludio de la negación del sistema democrático, negación no en dirección de la libertad, sino en la del absolutismo, de la dictadura. Así, pues, este sistema debuta por una negación del derecho de los indiferentes, sean reaccionarios, radicales o libertarios. Curioso sistema este que prohíbe a los no-socialistas escoger un candidato de un partido a quien conozcan, y que les permite escoger entre candidatos socialistas de matices diferentes que no conocen o que les son indiferentes.

Los miembros elegidos de este modo no son un organismo públicamente reconocido, salvo que se les encuentre un empleo en experimentos sociales, o en medidas relativas a los víveres, alojamiento, etc. Pero esto no les ha impedido arrojarse, o poco menos, todas las funciones, mientras se les ha dejado hacer. Hay individuos que se figuran ser verdaderos «comisarios del pueblo» o «delegados del común»; otros hay más modestos que se contentan con alguna intervención útil. El gobierno les deja hacer mientras no pueda desautorizarles. Son unos adoradores fanáticos de una autoridad que ellos solos se reconocen; para unos son el buen Dios, para otros son tiranos locales, otros dicen: con tal que no me molesten, que se diviertan. En realidad, esto es aún un recuerdo del ejército -los primeros peldaños de la escala militar y de la buena educación socialista del doctor Adler- el semillero de los futuros subjefes y jefes de la

jerarquía socialista. El doctor F. Adler preside el consejo obrero de Viena, en el que hay los socialistas viejos, los comunistas y un matiz que ni es carne ni pescado; en suma, un parlamento, con mayoría y minoría, precisamente lo que quería abolirse con este sistema.

Si fuera más serio, lo diría con agrado. Cuando el ejército rojo de Rusia avanza, estos consejeros sienten que su importancia crece y ponen cara hosca; si este ejército retrocede, se vuelven corderitos. Lo más triste es que hay muchas buenas voluntades que, por ignorancia sobre todo, se gastan y agostan en estos infantilismos, en estas imitaciones. Y es porque este país, cansado y hambriento física y mentalmente, no puede producir en la actualidad nada que sea bueno, ni siquiera una buena lucha, ni esta preparación calmosa y razonada de esta lucha que, según creo, se efectúa en los demás países que no pasan por esta crisis; pero queriendo *a pesar de todo ejercer solidaridad*, este país produce este espectáculo, regocijante por sus pretensiones, pero muy triste en el fondo, que constituye asimismo una de las memorables miserias del Austria del armisticio y de la paz.

Digamos aún unas cuantas palabras sobre la *socialización*, el camino hacia el socialismo, que los socialistas del gobierno preconizan e intentan practicar. Son unas cuantas medidas con las cuales se cortan unas cuantas cabezas de la hidra capitalista sin lastimar, empero, lo más mínimo, su cuello. El capitalismo, arrojado de un sitio, se refugia en otro, y el juego recomienza. La carestía y la falta de víveres han consolidado de tal modo el monopolio agrario, que ni un solo socialista, ni siquiera en Rusia, se atreve a tocarlo. La base misma de la vida humana, el alimento, en esta edad de socialismo y de bolcheviquismo, escapa, pues, más que nunca en la historia del mundo, a la intervención social, a la solidaridad más elemental y se convierte en foco del individualismo exclusivo y feroz de los campesinos y de la especulación desenfrenada en las ciudades. Me parece, pues, que el socialismo es una de estas cosas que no se pueden realizar sino en conjunto, de un solo empujón, cerrando todas las salidas, y no por las pequeñas etapas de los que quieren tener consideración a las coles y a las cabras que se las comen. La *socialización* tal como hoy se efectúa no pasa de ser una medida fiscal que arroja el patrimonio de la sociedad al abismo del régimen de fraude de nuestros días. Acaso esté tan cercano el tiempo de la verdadera toma de posesión social de la riqueza, *que ya nada debe confiarse a los Estados actuales*. La iniciativa de los obreros metalúrgicos en Italia es un paso en una dirección bien diferente de la actual, y me parece la mejor.

Los resultados del régimen socialista en Austria son, pues, bien pobres, pero no podían ser de otro modo. Si para una planta, una animal o un hombre se necesitan condiciones *eugénicas* de creación, es decir, las mejores condiciones posibles, ¿como no va a ser necesario lo mismo para la creación de un socialismo *viable* que no puede crecer sobre un terreno agotado y envenenado por una guerra larga y dura?

Las privaciones demasiado grandes crean un rebajamiento moral y una codicia física, y esto conduce rectamente a un individualismo feroz que, con el ejemplo de la guerra, se sirve de la acción colectiva. Y la dictadura estatista y militar transforma la necesidad de libertad en sed de autoridad.

La gran enseñanza mundial de todo lo que ocurre desde 1917 es verdaderamente como sigue: que un socialismo de azar, desencadenado en no importa cuáles condiciones, no es bastante bueno para vivir y realizar su gran objetivo. El trabajo que hay que tomarse y los cuidados que tienen que prodigarse son más grandes de lo que nos pensábamos, pero el resultado también sería más bello, ya que el socialismo autoritario parece que tendrá que descartarse para siempre y la autoridad quedará vencida por sus propios yerros de la guerra y por su incompetencia en el consiguiente socialismo. Se producirá, pues, a no tardar, un socialismo completo impregnado de libertad y que tendrá por base una humanidad desembarazada de la pesadilla de nuestros tiempos. Este socialismo nacerá en condiciones eugénicas que tenemos que ir preparando. Acaso nazca pronto, pues la historia camina rápida en nuestros días, y el

impulso que todos estos tristes acontecimientos han provocado (el único bien que nos han hecho) no se detendrá ya más.